

Brigitte

EN ACCION

Lou Carrigan

Alá sea contigo

De nuevo andan a la greña diversos servicios de espionaje tratando de hacerse con el formidable invento del profesor de electrónica André Rouget. Y es, ciertamente, un gran invento en la época en que se desarrolla la acción. Evidentemente, quien consigue el triunfo es Brigitte, haciendo gala una vez más de su valor y perspicacia. Y de su patriotismo, pues el invento, que sin duda puede ser útil a cualquier país, beneficiará particularmente a Estados Unidos en ese momento de su historia bélica.



Lou Carrigan

Alá sea contigo

Brigitte en acción - 38

Archivo Secreto - 221

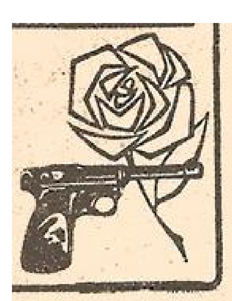
ePub r1.1

Titivillus 27.06.2017

Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo Primero

El avión procedente de Nueva York había llegado hacía ya el tiempo suficiente para que los pasajeros empezasen a salir de los servicios aduanales, y el joven Alí esperaba impaciente a su «presa».

Había dejado su viejo automóvil a la escasa sombra de una de las palmeras del aeropuerto de Marraquex, Marruecos, y se dedicaba golosamente a comer algunos dátiles frescos y dulces, mientras sus negrísimos ojos de halcón no perdían detalle de cuanto ocurría a su alrededor. Árabes con chilabas; mujeres con largos mantos; europeos o americanos, éstos con pantalón corto las más de las veces; automóviles de cien marcas distintas… Detrás de él la ciudad santa de Marraquex, como un dibujo de miel bajo el refulgente cielo azul, salpicada por la inimitable gracia de las palmeras, dotada de aquel encanto voluptuoso que convertía la ciudad en uno de los lugares más exóticos de África. Exótico, blanco, ocre y verde, y siempre misterioso.

No era fácil desenvolverse bien por Marraquex cuando se visitaba por primera vez. En contraste con sus modernas avenidas amplias, con construcciones al último estilo arquitectónico, estaba el barrio viejo con sus zocos, sus callejuelas, sus apiñadas casas blancas de grandes puertas… Allí, precisamente en el lugar más peligroso y desconcertante de Marraquex, era donde los turistas preferían acudir, siempre buscando lo más exótico, lo más desconocido, lo más misterioso…

Y por eso el joven Alí estaba esperando en el aeropuerto. A los dieciocho años tenía ya un gran discernimiento psicológico: un simple vistazo de sus grandes ojos negros era suficiente para él. Sabía si el viajero era americano, europeo, africano, asiático… En muchas ocasiones sabía adivinar incluso su lugar exacto de origen, lo cual era muy importante, porque, aunque el avión llegase de Nueva York, el viajero podía ser polaco, por ejemplo; y viceversa, si

el avión llegaba de Polonia o España el viajero elegido podía ser norteamericano, o argentino, o canadiense…

Sí. Había que tener bien alerta siempre los sentidos, estudiar la «presa» que mayor rendimiento fuese a darle. Un simple vistazo, y eso era suficiente para Alí, el astuto joven marroquí.

Escupió rápidamente el hueso del ultimo dátil cuando salió el primero de los viajeros. Cerró el cucurucho, lo metió en su faja, y se dedicó atentamente a estudiar a los pasajeros que habían efectuado el vuelo Nueva York-Marraquex. En general ese vuelo tenía su final en Rabat, pero, a veces, la abundancia de pasajeros con destino en Marraquex alteraba el vuelo.

Un americano, desde luego. Alto, grueso, rubio, mirando a todos lados con sonriente curiosidad. Primer viaje a un lugar exótico. Era una buena presa, pero su mirada no era generosa. No interesaba.

Otro americano, éste acompañado de una mujer. Su esposa. Edad mediana, gestos apacibles… No parecían ni tacaños ni generosos, pero contra ellos estaba la edad y la mutua compañía, que impediría a ambos divertirse como lo habrían hecho de haber viajado solos. No interesaban.

Un inglés. Seco, alto, con pipa, mirada displicente, impávida. Su carácter no parecía muy bueno, y, en general, los ingleses no eran del agrado de Alí en cuanto a las propinas.

Un sueco, o danés, o noruego… Algo así. Alto, enorme, rubio o casi albino… Llegaba acompañado de una hermosa mujer también muy rubia y dos niños. Ni hablar. Niños, no. No interesaba.

Tres árabes. Éstos interesaban menos que nadie.

Dos mujeres, seguramente inglesas, con grandes sombreros para el sol. Tendrían no menos de cincuenta años, y Alí se las imaginó muertas de aburrimiento tomando el té en el hotel que eligiesen de Marraquex, y acariciando tontamente al primer animal que se les pusiese a mano… No interesaban, desde luego.

Un norteamericano más. Alto, risueño, vivaz, vestido con elegante descuido deportista. Treinta años, quizás. Alegre la mirada hacia las mujeres árabes, curiosa la expresión hacia todo. Bien: allá tenía el astuto Alí su presa…

No. ¡No! ¡Y mil veces no, por Alá misericordioso!

El norteamericano se esfumó completamente de los proyectos del astuto Alí apenas ver a la mujer que llegaba detrás del apuesto

deportista.

Una mujer de buena estatura, cuerpo que serviría de modelo para todas las huríes del Paraíso, cabellos negros, grandes ojos azules, piel dorada y brillante y hermosa como el auténtico nácar…

Una mujer que era una auténtica visión para Alí.

Una mujer que sonreía a todo con una dulzura maravillosa, que caminaba como si pudiese volar de un momento a otro, que movía sus lindos pies como si temiese herir el suelo.

Una mujer en cuyos ojos de un azul puro y hermoso palpitaba la vida misma: la belleza, el amor, la dulzura, la bondad, la inteligencia…

Una mujer que podía ser el más grande premio para el mejor de los creyentes.

Tras unos segundos de incredulidad, de estupefacción, Alí pareció recibir una violenta descarga eléctrica y casi saltó hacia la viajera del vuelo Nueva York-Marraquex. Corrió hacia ella tropezando con otras personas, y se colocó humildemente a su lado y un poco atrás, siguiendo aquel caminar celestial.

—Taxi… ¿Señorita, taxi? ¿Hotel? ¿El exotismo de Marraquex? ¿Le llevo el equipaje, señorita? Hablaba en francés, porque, naturalmente, aquella maravillosa dama sólo podía ser francesa. Por un instante Alí temió haberse equivocado y que el rostro no fuese el espejo del alma.

Pero la dama le miró enseguida, amablemente, sonriendo con dulzura y alzando un poco el bonito maletín rojo.

—Mi equipaje pesa poco. Yo lo llevaré, muchacho.

Hablando en el más dulce y encantador francés que Alí había oído en su todavía corta vida, consiguió que el muchacho quedara tan fascinado que perdió toda capacidad de reacción. Pero muy pronto se repuso Alí, y volvió insistentemente a la carga.

—¿Hotel? ¿Pensión? ¿Lugares exóticos? Alí los conoce todos, Mademoiselle… Alí la llevará a los más hermosos lugares de Marraquex… Alí conoce la ruta de las Ciudades Santas…

—Ciudades Imperiales —corrigió la turista—: Rabat, Fez, Mequinez y Marraquex. Conozco la ruta. Pero aceptaré tus sugerencias para un hotel digno de mí. Busca un taxi e iremos allá.

—Alí tiene taxi —sonrió el muchacho—. Un buen taxi para la señorita de los ojos como el cielo.

– ¡Magnífico! —rió la divina pasajera—. Entonces sólo tienes que aconsejarme un buen hotel. No me lleves a uno de los que te pagan comisión. Yo te daré esa parte de tus ganancias, pero quiero un hotel… encantador, con gran patio, palmeras, granados, almendros, un gran pozo blanco, balcones con flores y desde los cuales yo pueda ver el Palmar de Marraquex y sus jardines… ¿Conoces un hotel así?

—Alí conoce y sabe todo lo de Marraquex, Mademoiselle… Pero ese hotel es muy caro. No es moderno ni muy lujoso, pero es muy caro.

—¿Y allí no tienes comisión?

Los negros ojos del árabe brillaron alegremente.

—No. Pero no importa… Alí la llevará al Paraíso. La viajera se echó a reír dulcemente.

—No te he pedido tanto, Alí. El paraíso es para los fieles creyentes. Y yo temo que tengo otras… opiniones.

—Es… es el hotel, que se llama así… Hotel Paraíso, Mademoiselle.

—Ah… Bueno, todo me parece encantador. Vamos al Paraíso.

—Sí… Enseguida, Mademoiselle.

Le señaló su viejo coche negro, temiendo el comentario habitual de los turistas, pero la viajera no dijo nada burlón ni molesto. Cuando él abrió la portezuela ella entró y se sentó en el deteriorado asiento como si fuese el más confortable trono del mundo.

Estremecido de satisfacción, Alí pasó al volante y dio el contacto: el motor empezó a rugir fuertemente, y por detrás los gases empezaron a salir, negros, pestilentes.

Una mirada por el retrovisor permitió a Alí contemplar una vez más el buen talante de su «presa» del día.

En pocos segundos el coche se puso en marcha, y Alí miró de nuevo por el retrovisor.

—¿Mademoiselle quiere dar una vuelta por Marraquex? No lo digo para cobrarle más dinero. Alí le cobrará el mismo precio y le dirá qué es lo más bello de Marraquex.

—Eres muy generoso. De acuerdo, daremos una vuelta por Marraquex.

—Alí conoce bien Marraquex. Se lo dirá todo… ¿Quiere que lleguemos al Palmar?

—Quizás en otra ocasión. Ahora me conformo con conocer un poco la bella Marraquex.

—Sí, Mademoiselle.

Fue un recorrido maravilloso… El recorrido que Alí reservaba a los turistas que le regalaban diez dólares americanos sólo de propina…

El muchacho fue canturreando la explicación durante el recorrido: mezquita de la Kutubia, medersa de Ben Yusef, de maravillosos mosaicos, maderas esculpidas, mármoles…, todo ello resaltando en el color rosado que parece teñirlo todo; las tumbas de los príncipes de la dinastía saadiana, el palacio de la bahía; la puerta de Bab Aguenú, del más puro estilo almohade; las fuentes más extraordinarias de Marraquex, que son El Muezín y Echroub u Chuf, cuyo significado de esta última es Bebe y Admira… Y luego, los zocos, palpitantes de vida, de mezclas humanas: europeos y americanos curioseando, montañeses del Atlas, hombres del Sur, comerciantes llevando sus mercancías, y asnos y camellos por las callejuelas provistas con un bajo techado de cañas que proporcionan una deliciosa sombra, un increíble frescor; alfombras, vasijas; la Kesaria, barrio de los tejidos dentro de los zocos…

A instancias de la viajera el recorrido fue más bien rápido, poco menos que apresurado. Sólo quería, dijo, tener un conocimiento de conjunto de la ciudad. Más adelante, se interesaría con más detalle por todo cuanto ésta pudiese ofrecerle.

De este modo, tras dos horas escasas de recorrido bajo la dirección del encantado Alí, que fumaba incesantemente los cigarrillos americanos de la turista, el coche se detenía en el gran patio del Hotel Paraíso. Un patio lleno de palmeras, chumberas en flor, higueras, mimosas, granados… El edificio era blanco, no demasiado grande. Por todos lados se veían emparrados, y los balcones, pequeños y estrechos, estaban cuajados de flores; el estilo de la construcción era mezcla entre sorprendente y simpática del árabe y el andaluz español: grandes arcadas blancas, mosaicos rojos, surtidores diseminados por el patio, corrientes de agua… La viajera recordó su estancia en Granada y tuvo la misma impresión en el Hotel Paraíso que la recibida al visitar la Alhambra y el Generalife…

—Un lugar maravilloso, Alí —murmuró.

—Muy caro, Mademoiselle.

—Pero maravilloso —rió ella.

Dos muchachos árabes llegaban en aquel momento junto al coche, y se quedaron mirando con sorpresa a la viajera cuando ésta explicó que no llevaba equipaje; pero su sorpresa desapareció cuando ella les entregó su consigna para retirarlo del aeropuerto.

Los dos muchachos se retiraron hacia el interior, para dar la noticia de la llegada de un nuevo huésped, y la turista abrió su maletín rojo, sacó un fajo de billetes americanos, y separó dos.

—¿Cuánto tengo que darte? —sonrió.

—¿En dólares?

—Sí.

—Diez… Diez dólares, Mademoiselle.

—¿Propina aparte?

—Lo que quiera, Mademoiselle.

—Bien. —Separó dos billetes y los unió a los primeros—. ¿Está bien ochenta dólares?

El atezado rostro de Alí se aclaró considerablemente. Se quedó mirando con expresión desorbitada los cuatro billetes.

—¿O… ochenta… dólares?

—¿Te parece insuficiente?

—No… ¡No! Pero yo no quiero abusar de Mademoiselle. Es mucho dinero… Alí ha servido con mucho gusto a…

—Lo he notado —rió la divina—. Por tanto, estos ochenta dólares son tuyos. Adiós, simpático.

Y el joven Alí se quedó solo, mirando fascinado la gentil marcha de su «presa» del día.

La viajera entró en el hotel, donde un árabe vestido correctamente a la europea clavó en ella su ardiente mirada, atónito ante tanta belleza. Ella sólo lo miró con atención cuando hubo visto a su alrededor las flores, las frescas paredes pintadas de blanco y adornadas con grandes platos esmaltados, el surtidor del centro del vestíbulo…

—Quiero la mejor suite, con vistas al Palmar.

—El Palmar se ve desde cualquier punto alto de Marraquex, Madame.

—Siempre y cuando no haya otro punto más alto delante del punto que yo ocupe.

—Cierto, Madame. Pero eso no va a ocurrir… ¿Quiere inscribirse, por favor?

—Desde luego.

La viajera mostró su pasaporte, que el empleado examinó mientras ella se inscribía en el gran libro. Finalizada esta operación recordó al empleado del Paraíso que estaba esperando su equipaje.

—Ya salieron a recogerlo en el aeropuerto, Madame.

—Magnífico… Me han dicho que el hotel no es demasiado… moderno. Pero espero que podré bañarme con agua caliente y ducharme con agua fresca.

—Sin duda alguna, Madame. Abú la llevará a su suite. Feliz estancia en Marraquex, Madame.

—Gracias.

Ella se alejó, siguiendo al joven botones árabe, mientras el empleado del hotel comprobaba que el nombre inscrito y el del pasaporte eran el mismo. Lo eran.

Y, naturalmente, el nombre de la viajera era Brigitte Montfort.

Brigitte Montfort, procedente de Nueva York, periodista de profesión…, pero con un hobby peligrosísimo, que por cierto no constaba en su inscripción en el hotel: espionaje.

Sí.

Feliz estancia en Marraquex, Mademoiselle Montfort.

Capítulo II

A las seis de la tarde Brigitte salió del hotel respirando con agrado el cálido viento que parecía refrescarse al pasar por entre las palmeras, los granados, las flores…

Y en el gran patio, en un rincón, vio el coche negro, al mismo tiempo que veía al joven Alí casi corriendo hacia ella. Cuando llegó la saludó con una gran reverencia, tocándose el estómago, la boca y la frente.

—A sus órdenes, Mademoiselle.

La divina alzó las cejas.

—Muy amable, Alí… Pero creo que no he pedido tus servicios.

—Alí ofrece sus servicios a Mademoiselle. Gratis. Brigitte optó por echarse a reír.

—Eres un granuja, Alí… Sabes muy bien que conmigo no vas a perder dinero ni tiempo. Pero me gustas. ¿Podrías encontrar una dirección en los zocos?

—Alí encuentra todo lo que esté en Marraquex.

—Estupendo. Vamos a tu… taxi, y te diré la dirección por el camino. Y esta vez quiero ir directamente allí.

—Sí, Mademoiselle.

* * *

Era una de aquellas típicas casas pintorescas, completamente encalada, con una gran puerta de gruesa madera. Estaba situada poco menos que en el centro del barrio viejo, en una calleja tan estrecha que apenas permitía el paso de tres personas juntas y que tenía encima el enrejado de cañas que daba sombra y frescor.

—Muy bien, Alí. Ahora puedes marcharte.

—¿La espero?

—No.

—Puedo esperarla donde hemos dejado el coche. Quizá Mademoiselle necesite el coche de Alí.

—Está bien: espérame en el coche.

—¿Sabrá salir de estas calles…?

—Con toda seguridad.

—Bien.

Alí se marchó, y Brigitte esperó todavía a que dos árabes un tanto harapientos, de descarada mirada, pasasen junto a ella casi rozándola, antes de llamar a la puerta. Lo hizo empleando los toques del sistema Morse, de modo que fueron tres letras las que sonaron en la madera: CIA.

La puerta se abrió en el acto, pero dentro estaba tan oscuro que Brigitte tardó unos segundos en ver al árabe que la contemplaba en silencio, estudiándola.

—¿Abdalah Yusef? —murmuró la espía.

—Pase.

El árabe se apartó, y Brigitte entró en la casa. La puerta se cerró enseguida, quedando el lugar completamente a oscuras. Inmediatamente la divina espía notó el ligero pinchazo en la espalda; sólo una insinuación de pinchazo, pero muy revelador.

—Lo que tiene apuntado en sus riñones, señorita, es una gumía muy afilada. Al mismo tiempo, y para mayor ventaja mía, yo la estoy viendo a usted perfectamente, mientras que usted, si no me equivoco, no ve absolutamente nada.

—De acuerdo —musitó Brigitte.

—Lleva usted un maletín. Entréguemelo… Gracias. Ahora siga caminando: diez pasos hacia su frente, siete a la izquierda, cuatro a la derecha, seis hacia el frente.

Brigitte obedeció sin vacilaciones, extendiendo de vez en cuando las manos y palpando las paredes. Cuando hubo dado los últimos seis pasos, hacia el frente, se quedó inmóvil.

—Camine ocho pasos más hacia el frente y tantee en la pared. Encontrará una cortina áspera. Descórrala.

De nuevo obedeció. Cuando hubo apartado la cortina la luz del sol entró en una estancia cuadrada, grande, con algunos almohadones en un rincón y una mesita baja. Visto lo poco que había que ver miró al hombre de ardientes ojos, que la contemplaba

con suma atención.

—Esta vez la CIA me ha favorecido inmerecidamente, señorita…

—Montfort.

—Sí… Ése es el nombre. Perdone mi actitud, pero…

—Está justificada, Yusef. ¿Podemos proceder?

—Se lo ruego.

—Mi maletín.

El árabe le tendió el maletín, y Brigitte lo abrió. Sacó de él una polvera, unos prismáticos, un paquete de cigarrillos, un bolígrafo… Silenciosamente, en pocos minutos, Brigitte convirtió los prismáticos en un pequeño proyector, cuyos discos giratorios eran los bordes de la polvera. Del bolígrafo sacó unas pequeñas pilas, y el paquete de cigarrillos se convirtió en un pequeño magnetófono.

—¿Ya? —preguntó Yusef.

—Sí.

El árabe corrió las cortinas, dejando la estancia de nuevo en la más completa oscuridad. Enseguida se oyó un levísimo zumbido al tiempo que en la blanca pared aparecía el rostro del propio Abdalah Yusef, al tamaño de una caja corriente de zapatos. Apenas había aparecido el rostro de Yusef en la pequeña pantalla formada en la pared se oyó la voz de un hombre procedente del magnetófono:

> *»—Brigitte, éste es Abdalah Yusef Serfa, uno de nuestros agentes intermediarios en Marruecos. Últimamente recibimos una notificación suya en la que nos advertía de la inesperada presencia de agentes secretos en la ciudad de Marraquex. Yusef hizo un buen trabajo y nos envió algunas fotografías de esos agentes, que hemos identificado para usted. Véalos.*

La imagen cambió. Apareció el rostro de un hombre de edad mediana, peinado con raya, severamente planchado el cabello; ojos claros, expresión neutra…

> *»—El nombre de este personaje es Richard Lorigan, y está trabajando con cierto éxito en Europa desde hace algunos años. Naturalmente trabaja para el MI5 británico. Veamos otro.*

Apareció ahora un rostro cuadrado, sólido, duro. El hombre

debía de tener unos treinta y cinco años, y su mirada era penetrante, implacable. Cabellos negros y rizados suavemente, con ojos algo mongólicos.

»—Anton Prokov, ruso, y, naturalmente, agente de la MVD soviética. También actuante en Europa, pero recientemente desplazado a Marraquex, ignoramos por qué. Sin embargo, como es de temer, algo están tramando los soviéticos. Igual que los británicos, por supuesto. Otro.

Ahora, el rostro fue casi aristocrático, fino, sonriente. Un simpático bigotito daba un tono algo más recio al atractivo semblante masculino de aquel hombre de unos treinta y cinco años también. Sus ojos eran grandes, oscuros, irónicos.

»—Jean Louis Gerard, francés. Perteneciente al Deuxième Bureau y está conceptuado como uno de los más astutos contraespías de ese servicio francés. También desplazado sorpresivamente a Marraquex, aunque, según nos cuenta Yusef, Gerard llegó a esa ciudad algunos días antes que Richard Lorigan y Anton Prokov. Además, mientras que el inglés y el ruso no han tenido ninguna clase de contacto y se mueven absolutamente solitarios e independientes, Jean Louis Gerard está en contacto con varios hombres más, presumiblemente también del Deuxième Bureau. En total, o sea, contando a Gerard, los agentes franceses en Marraquex parecen ser exactamente seis. Otra foto.

El rostro que apareció ahora correspondía a un hombre de unos cincuenta y cinco años, cabellos canosos, expresión apacible, mirada distraída; ojos claros, tranquilos; mentón algo débil.

»—El nombre de este personaje es André Rouget, y obtener su fotografía entendemos que fue un excelente trabajo por parte de Yusef, ya que el señor Rouget casi nunca abandona su villa. André Rouget, que cuenta actualmente cincuenta y siete años, luchó durante la Segunda Guerra Mundial a favor de la Francia libre, naturalmente al lado de los aliados… Sin embargo, no destacó demasiado como militar, y sí lo hizo en el campo de la electrónica en general… y de los sistemas de radar en especial. Fue de los

primeros que comprendieron el gran provecho de este invento, pero, finalizada la guerra, regresó a Marruecos, ya que ésta es su patria. Sus padres llegaron muy jóvenes a Marruecos, y André Rouget es ciudadano marroquí. Un tanto aventurero en su juventud, pero sedentario hace ya muchos años. Es un hombre para quien el radar no posee ningún secreto, según parece. Está retirado de todo, incluso del radar y sus adelantos y aplicaciones, desde hace varios años. Con él vive su esposa, cuya foto verá usted a continuación.

Efectivamente. Apareció ahora el rostro de una mujer de cincuenta años, de aspecto bondadoso, sonriente, con evidentes señales de una considerable belleza que estaba desvaneciéndose lentamente.

»—Colette Périgard de Rouget. Una gran dama que vive con su esposo apaciblemente en la villa que tienen en las afueras de Marraquex. Una hermosa villa que verá usted de un modo aceptable a continuación.

La foto fija fue sustituida ahora por película de lento travelling que iba mostrando, con planos que se cortaban para acercarse más o cambiar el punto de enfoque, una hermosa villa con abundantes palmeras, higueras, cerezos, chumberas, piscina, un gran pozo…

»—La villa tiene el nombre muy acertado de El Oasis —se dejó oír la voz—. Parece un lugar pacífico, paradisíaco. El señor y la señora Rouget llevan ahí una amable vida desde hace varios años. Sin embargo, últimamente, es posible que algo esté haciendo el señor Rouget. Y respecto a eso quiero aclararle algo que ha sorprendido…, siempre de un modo relativo, claro, en la sede de la CIA. Puede apagar ya el proyector y esté atenta, únicamente, al magnetófono.

Brigitte obedeció prestamente, recogiéndolo todo tras detener la marcha del proyector y aprovechando la luz que llegaba de la ventana, cuya cortina descorrió parcialmente Abdalah Yusef. Cuando todo estuvo recogido y convertido de nuevo en una polvera, un bolígrafo y unos prismáticos, la voz que brotaba del falso

paquete de cigarrillos fue puesta de nuevo en el aire por Brigitte:

»—Lo que ha sorprendido en la CIA ha sido la llegada a Langley de un curioso anónimo, escrito utilizando letras de un periódico francés de Marraquex. Tal anónimo, enviado en sobre como una carta corriente, dice exactamente y una vez traducido del francés:

LA CIA PODRÍA OBTENER UN GRAN E INTERESANTE ÉXITO ENVIANDO UNO DE SUS MÁS HÁBILES AGENTES A MARRAQUEX, CON OBJETO DE CONSEGUIR EN EXCLUSIVA EL INVENTO QUE ESTÁ FINALIZANDO EL PROFESOR ELECTRÓNICO LLAMADO ANDRÉ ROUGET RESIDENTE EN LA VILLA LLAMADA «EL OASIS». ANTES DE UNA SEMANA ANDRÉ ROUGET TENDRÍA FINALIZADO TAL INVENTO, QUE ESTÁ EN TRANCE DE SER ROBADO POR SERVICIOS SECRETOS DE OTROS PAÍSES.

FIRMADO: MARRAQUEX.

Evidentemente podemos considerar como anónimo una carta de este tipo, ya que el nombre de Marraquex es, por supuesto, tan aclarativo como si no estuviese en el mensaje. También por supuesto, nuestro único agente en Marraquex en estos momentos, Abdalah Yusef, no es el causante de este anónimo. Entonces tenemos que considerar la existencia de alguna persona que esté intentando favorecer a la CIA. o que quiera tendernos una trampa. Dado que los informes de Yusef respecto a la presencia de esos agentes secretos del MI5, la MVD y el Deuxième Bureau indicaban una cierta tendencia de esos hombres a rondar la villa llamada El Oasis, hemos considerado la posibilidad de que nuestro desconocido Marraquex tenga fundamentos para formarse una opinión. Incluso creemos que sabe algo más concreto de lo que dice. De ahí nuestra decisión de enviar a Marraquex a nuestra más astuta espía. Teniendo en cuenta que puede ser una trampa de índole insospechable hemos creído que convenía más enviar una mujer que un hombre, esperando que eso pueda ser conveniente para llamar lo menos posible la atención de los demás agentes secretos interesados en este asunto. De todos modos, y dando por

sentada la existencia de esa trampa, estamos seguros de que usted es la persona más indicada para escapar a ella. Buena suerte, querida niña… Fuera.

El magnetófono quedó silencioso.

Brigitte lo detuvo, convirtiéndolo de nuevo en un paquete de cigarrillos, mientras Yusef descorría definitivamente la basta cortina, dejando ver, por la ventana, algunos tejados de color acre y rojo, y, más lejos, algunas ventanas diminutas. E infinitamente mucho más lejos el azul del cielo.

—Ha sido usted muy bien preparada para venir aquí, señorita Montfort. Un brillo irónico apareció en los dulces ojos azules.

—Entiendo, señor Yusef.

—Entiende… ¿qué?

—Entiendo que usted considera que la preparación es demasiado buena para una agente que, según su opinión, no debe de estar capacitada para este trabajo.

Las espesas cejas negrísimas de Abdalah Yusef se alzaron mostrando una bien dominada sorpresa.

—Es posible que haya pensado eso —admitió.

—No sólo es posible, sino que yo sé que usted lo ha pensado. Pero no vamos a discutir la capacidad de cada uno.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que, apenas entrar aquí, he podido matarlo a usted no menos de diez veces. Cualquier truco modesto habría resultado más que suficiente. Además, llevo una pistola en un lugar muy privado.

En mi opinión, señor Yusef, usted es un agente de tercera categoría… que no vivirá mucho si la cosa va en serio.

—Quizá los dos estamos exagerando en nuestras opiniones desfavorables respecto al otro —sonrió Yusef.

—Quizá. Pero cuídese mucho. Supongo que usted se considera poco menos que un genio del espionaje por haber descubierto a los agentes del Deuxième Bureau, del MI5 y de la MVD. Calculo que en estos momentos ellos deben de estar pensando que usted es muy tonto y que yo aún lo soy más, por haber venido hasta aquí.

—¿Sugiere que me están vigilando?

—Naturalmente, querido señor —sonrió secamente la divina—.

Pero de todos modos seguiremos con nuestro trabajo. ¿Qué tiene que decirme?

—El informe que usted tiene es muy completo.

—¿Nada que añadir, entonces?

—Creo que no.

—¿Cree…? Debería estar completamente seguro.

—Todo sigue igual a lo que indica su informe magnetofónico. Nada ha cambiado, de modo que supongo que debemos estar vigilantes para el momento en que el profesor André Rouget termine su invento… o lo que sea.

—Parece que es un invento, no «lo que sea». ¿Tiene alguna idea al respecto?

—¿Respecto al invento? No, ninguna idea.

—Debería tenerla. Estoy segura de que los rusos, los ingleses y sobre todo los franceses ya lo saben todo. O casi todo. ¿Qué me dice del hombre que ha firmado ese extraño anónimo? Me refiero a quien se firma con el nombre de Marraquex.

—No tengo idea tampoco.

—¿Tenemos amigos en la ciudad?

—No, que yo sepa.

—Sin embargo, la persona que se hace llamar Marraquex está intentando favorecernos, ¿no lo cree así?

—Eso parece. Pero hace tiempo que llegué a la conclusión de que un amigo desconocido puede convertirse en enemigo de un momento a otro. ¿Cuánto pidió Marraquex por los informes que contiene ese anónimo?

—Ni un centavo. Nada en absoluto.

—Bien… Estoy desconcertado, lo admito. —Yusef encogió los hombros—. Creo que no tengo nada que decir.

—Yo sí. No se confíe en ningún momento. Vigile bien a su alrededor… Por cierto: ¿dónde están los tres agentes que se han desplazado a Marraquex tan… precipitadamente?

—Ah, sí… Anton Prokov está en el hotel El Zoco, Richard Lorigan en el llamado La Cábila, y Jean Louis Gerard en el Hotel Internacional.

—Según parece había algo más que decir —sonrió Brigitte—. Buenas tardes, Yusef. Ah, yo estoy en el Paraíso.

El árabe se dirigió, no de muy buen humor, hacia la salida del

cuadrado aposento, guiando a Brigitte hacia la gran puerta de madera que cerraba la casa. La abrió apenas un par de centímetros y tocó a Brigitte en un brazo, llamando su atención hacia donde señalaba con la otra mano.

—Vea aquel rincón. Hay allí una cámara oculta, preparada para tomar fotos en la oscuridad. Funciona cada vez que esta puerta se abre, y fotografía al visitante.

—Qué bien… Cuando yo me vaya haga una cosa: saque la película y destruya mi fotografía. Adiós. Yusef se asomó, miró a ambos lados de la calleja, y le hizo señas a Brigitte de que podía salir. Segundos después la espía se alejaba, pensando que no era bueno trabajar con agentes de tercera categoría en asuntos en los que intervenía la MVD, el MI5, y el Deuxième Bureau.

Pero quizá no ocurriese nada…

Capítulo III

Poco después de las nueve de la noche Brigitte se hallaba en el vestíbulo de su hotel, leyendo un periódico marroquí escrito en francés. Se podía pensar que era la clásica turista americana, desenvuelta, capaz de viajar sola por el mundo y pasarlo bien, sin preocuparse por nada.

Sin embargo, la divina espía estaba dedicada al montaje de su plan de acción. Sentada con las lindas piernas cruzadas y con un café en una mesita de marroquinería colocada a su lado, ya transcurrida la cena, era más que probable que se pensase de ella que estaba buscando en el periódico alguna idea respecto a la diversión de aquella noche.

Pero no. No.

El plan de acción tenía que surgir en aquellos momentos, ya en la primera noche. Por supuesto una de las cosas que más interesaba saber era qué clase de invento había realizado André Rouget. Debía de ser algo relacionado con el radar, de eso no cabía duda. Pero, para saber con exactitud qué era aquel invento, ella tendría que valerse de sus propios medios… Es decir, llegar hasta el invento, verlo… y comprenderlo.

La papeleta resultaba no poco difícil de resolver teniendo en cuenta que, con toda seguridad, la estaban ya vigilando por el simple hecho de haberla visto en tratos con Abdalah Yusef, el agente de tercera categoría.

No obstante, quien fuera que la vigilase no era ninguno de los hombres cuyas fotografías ya tenía ella, pues sin duda los habría reconocido.

Bien, eso no era cosa que debiera preocuparla mientras no se supiese qué clase de invento tenía André Rouget; hasta entonces, y además hasta que lo hubiese terminado, nadie haría nada. Los diversos agentes que estaban interesados en aquel asunto

permanecerían inactivos… ¿Para qué actuar si nada iban a conseguir?

Lo importante era el invento. Y eso tendría que esperar.

Aunque… ¿por qué tenía que esperar ella? Podía acercarse a la villa El Oasis, y estaba segura de que lograría entrar a pesar de la descarada vigilancia de algunos hombres del Deuxième Bureau. Y si entraba en la villa quizá se enterase de algo…

No le hacía gracia la idea de luchar contra el Deuxième Bureau, pero, a fin de cuentas, por muy amigo suyo que fuese Monsieur Nez[1] aquél era un asunto aparte. El invento de un profesor de nacionalidad marroquí no tenia por qué ir a parar a manos francesas. ¿Con qué derecho? Francia había desocupado Marruecos, así como España, hacía ya años. Por tanto, ella tenía el mismo derecho que cualquiera al invento de André Rouget. Era, simplemente, una lucha silenciosa entre servicios secretos de diferentes países. Y sólo uno podía ganar.

Alguien pasó por delante de Brigitte en aquel momento, muy cerca de ella, y la espía alzó la vista del periódico, lánguidamente, como aburrida. En el acto, aunque su rostro sostuvo la expresión lánguida, su aburrimiento desapareció, a la vista de aquel magnífico ejemplar masculino.

Alto, esbelto, atlético, elegante… Debía de tener treinta años, y sus ojos eran grandes, oscuros, inteligentes, risueños. Por lo menos lo eran en aquel momento en que permanecían fijos en las fantásticas piernas de Brigitte Montfort. Y cuando el hombre alzó la mirada para fijarla en los ojos azules hubo un guiño simpático en los suyos. Un guiño de aprobación absoluta.

Todo esto mientras el hombre continuaba caminando hacia el cercano mostrador de recepción; tan cercano que Brigitte pudo oír perfectamente sus palabras:

—Maurice de Belinet —se presentó—. Quisiera una suite tranquila. ¿Hay disponibles?

—Oui, Monsieur.

Igual que hiciera con Brigitte, el empleado del hotel examinó la documentación del recién llegado, y una expresión entre sorprendida y de aprobación apareció en su rostro.

—El señor es marroquí —murmuró.

—Así es. Acabo de llegar de Madrid, y por el momento

permaneceré en el hotel unos días.

—Muy bien.

Maurice de Belinet firmó en el libro mientras el empleado se volvía hacia el casillero, tomaba una llave, y se la tendía cuando De Belinet alzaba la cabeza.

—Subirán su maleta a la suite, señor. Bien venido.

—Gracias.

Maurice de Belinet recogió su portafolios del mostrador, y, desentendiéndose de la maleta, dio un par de pasos hacia la escalera blanquísima. Pero se volvió de pronto, pensativo, titubeante.

—Diga, señor —se apresuró a ofrecerse el conserje.

—Quisiera una comunicación telefónica inmediatamente. ¿Puede ponérmela en mi suite?

—Desde luego.

—Con el señor André Rouget, villa El Oasis… Teléfono 21054.

—Enseguida, señor.

—Dígale que le llama su ayudante, recién llegado de Madrid.

—Sí señor.

Maurice de Belinet se dirigió a la escalera definitivamente, seguido del botones… y de la muy interesada mirada de Brigitte Montfort. Aquello era estupendo y asombroso a la vez. Allí estaba ella, pensando en el modo de entrar en la villa El Oasis, y, de pronto, nada menos que el ayudante de André Rouget, el técnico en radar, aparecía en el mismo hotel a su llegada de Madrid, y sin bajar el tono de voz pedía comunicación telefónica con el hombre sobre el cual se centraba la atención del espionaje mundial.

Sí, estupendo… y asombroso.

Naturalmente, era de suponer que aquello fuese cierto. Lo contrario resultaría incluso estúpido. Y al mismo tiempo parecía como si Maurice de Belinet quisiera que todo el mundo se enterase de quién era él.

Brigitte estuvo mirando con disimulo al empleado del hotel mientras éste marcaba el número de André Rouget. Luego se puso en pie, lentamente, siempre como aburrida, y se dirigió a la escalera. Cuando ya nadie podía verla su languidez desapareció por completo; se apresuró a llegar a su suite, entró rápidamente, y se dirigió directa hacia el dormitorio, donde tenía su maletín especial.

Sacó de él un objeto metálico, del tamaño de una guinda pequeña, y volvió a salir de la suite, extrayendo del pequeño objeto un delgado alambre de medio centímetro de longitud.

Recorrió silenciosa y rápidamente el pasillo, llegó ante la puerta de la suite 14, y colocó el aparatito pegado a la puerta, en su parte inferior izquierda, por medio de una ventosa. Regresó siempre a toda prisa a su suite, entró, cerró, y corrió al dormitorio. Del maletín sacó un pequeñísimo receptor y oprimió un botoncito.

En el acto oyó una voz desconocida:

—… pero yo creía que iba a permanecer más tiempo en España, Maurice.

—Bueno, yo también lo creía así, profesor. Pero no estaba tranquilo.

—¿No estaba tranquilo? ¿Por qué?

—No sé. Todo eso del… trabajo que tenemos en marcha… ¿Lo ha terminado ya?

—No. Pero ya le dije que durante quince días no le necesitaría, Maurice. Y usted tenía bien ganadas esas vacaciones. Faltan sólo los últimos detalles, y esperaba sorprenderlo a la vuelta mostrándole el trabajo ya terminado.

—¿Cree que tardará mucho todavía?

Una breve pausa. Y de nuevo la voz que, sin duda, pertenecía a André Rouget.

—Mire, Maurice, yo creo que se habría ahorrado esa impaciencia si hubiese permanecido en España. A su regreso lo hubiese visto terminado y listo.

—Yo… yo no quisiera que mi regreso le hubiese molestado, profesor. Sólo me ha guiado…

—Lo sé… Lo sé, Maurice, y es muy de agradecer su interés.

—Bueno… Si le parece, volveré a España… No quisiera molestarle en estos últimos días.

—No diga tonterías —sonó afable la voz de André Rouget—. ¿Cómo diablos habría de molestarme? Venga mañana a casa y seguiremos juntos hasta terminar. Allá usted si no ha querido terminar sus vacaciones.

—Tendré tiempo sobrado para vacaciones dentro de unos días. Hasta mañana, profesor.

—Adiós, Maurice.

La conversación cesó, y Brigitte se quedó mirando, pensativa, el pequeño aparato que le había servido para escucharla casi en su totalidad. No creía que antes de llegar ella hubiesen hablado los dos hombres de nada más importante.

Estaba tan pensativa que tardó un par de segundos en sorprenderse de la presencia de aquel papel que sobresalía del borde de la lamparilla de noche. Se quedó mirándolo ya conscientemente, comprendiendo que no era, precisamente, un adorno de la lamparilla.

Fue allá, lo tomó, y frunció el ceño al ver pegadas a él letras recortadas de un periódico formando el siguiente mensaje:

> CELEBRO QUE HAYAN ACEPTADO MI INVITACIÓN A VISITAR MARRAQUEX. EL HOMBRE QUE NOS INTERESA ESTÁ ESTRECHAMENTE VIGILADO, MAS ESPERO QUE PODAMOS CONSEGUIR PARA NOSOTROS LO QUE TANTO INTERESA A TODOS. PIDA CON LA MÁXIMA URGENCIA UN MILLÓN DE DOLARES A SU SERVICIO. LE ASEGURO QUE EL INVENTO LOS VALE. APARTE, ESTÁN LOS SERVICIOS QUE VA A PRESTARLE ESTE SU SEGURO SERVIDOR
>
> *MARRAQUEX*

Bien… De nuevo intervenía el hombre llamado Marraquex. Según parecía estaba muy bien informado de todo. Tan bien informado que, a las diez horas de haber llegado Brigitte Montfort a Marraquex, sabía ya que era ella la agente enviada por la CIA.

Otro detalle que habría que tener en cuenta era su audacia… No parecía que Marraquex fuese persona que se arredrase ante los obstáculos de cualquier clase. Quería un millón de dólares, pero estaba dispuesto a ayudar a la CIA a obtener algo que los valía.

Sólo quedaba por preguntarse si Brigitte Montfort iba a necesitar la ayuda de Marraquex para conseguir aquel invento del profesor electrónico André Rouget.

Tras unos segundos de vacilación Brigitte se dijo que el mejor espía es el que siempre está pensando que puede fracasar. Por tanto, otro espía es el que triunfa. Y si ese espía era Marraquex sería buena decisión la de entregarle un millón de dólares por algo que

los valía.

La divina espía recogió su chal y su bolsito, y abandonó la suite. Poco después salía del hotel…, y Alí aparecía ante ella, mirándola con fidelidad canina.

—¿Vamos a alguna parte, señorita? Brígitte frunció el ceño.

—¿Me estás vigilando, Alí?

—¿Vi… vigilando?

—¿Es que cada vez que salga del hotel voy a encontrarte esperándome?

—Sí, señorita.

—¿Por qué?

—Porque usted me gusta. Y, además, es generosa. Y me trata bien.

—Fantástico —sonrió Brigitte—. En verdad fantástico. Voy a aceptar esta gran fidelidad, pero…

—¿Sí, señorita?

Por un instante el joven Alí tuvo la sensación de que la mirada de aquellos hermosos ojos quedaba congelada, fría, dura.

—Pero será mejor que, en verdad, sólo estés cerca de mí para prodigarme tus servicios.

—No la entiendo, señorita.

—Si no me entiendes es que todo va bien… para ti. Procura recordar que yo soy como la fruta de las chumberas…

Alí sonrió ampliamente.

– ¡Es cierto, señorita! ¡Los higos chumbos son dulces, muy buenos y refrescantes…! ¡Y su flor amarilla es muy bonita!

—Cierto, Alí, pero… recuerda siempre que hasta los bellos higos chumbos, como la rosa, tienen unas espinas muy peligrosas. Vamos al mismo lugar de esta tarde.

—Sí, señorita.

* * *

Abdalah Yusef se sobresaltó al oír la cifra.

—¡Un millón de dólares! —exclamó.

—Exactamente.

—¡Es mucho dinero!

—Quiero tenerlo aquí mañana al mediodía lo más tarde.

—No lo conseguiré. Mis contactos más cercanos están ahora en París, señorita Montfort. Podría pedirles unos miles de dólares, y seguramente llegarían mañana o pasado… Pero no conseguiré un millón de dólares. Además estoy convencido de que ni siquiera la misma CIA aceptaría enviarme a mí ese dinero.

—Vaya… ¿Tiene contacto radial con París?

—Sí.

—¿Contacto inmediato?

—Desde luego. Allí el servicio es más extenso y hay siempre un agente residente atendiendo la radio.

—De acuerdo. Entonces va a llamar usted a París, y le dirá al jefe residente de allí que curse un mensaje directo a Washington. El mensaje dirá: «Urgente un millón de dólares para BM, en misión en Marraquex. Envíen dinero antes de veinte horas a agente desplazado a Marraquex desde París, llamado Abdalah. BM. Lo recogerá de Abdalah. Urgente, urgente, urgente. Firmado: BM». ¿Está bien entendido?

—Desde luego.

—Pues curse esta llamada. Vendré a cualquier hora de mañana a buscarlo. ¿Entendido?

—Todo muy bien entendido. Pero ese dinero no llegará.

—Llegará —sonrió Brigitte—. Ah, Yusef, otra cosa: ¿qué sabe de un hombre llamado Maurice de Belinet?

—Es ayudante o amigo de André Rouget.

—¿Por qué no me lo mencionó esta tarde?

—Porque De Belinet salió hace días rumbo a España.

—Bueno, pues tome nota: Maurice de Belinet ha regresado esta noche a Marraquex. ¿Qué clase de vida lleva ese hombre?

—Pues… normal.

—¿Normal? ¿Está casado, tiene hijos, amantes, vive en un hotel, tiene casa propia, vive con Rouget, gana mucho dinero, tiene fortuna propia…?

—Es soltero, no tiene amantes… fijas, al menos, y suele vivir en un hotel. No creo que tenga fortuna propia, pero parece que le va bien con André Rouget.

—Supongo que lo bastante bien como para que Maurice de Belinet pueda alojarse en el hotel Paraíso, ¿no?

—No lo creo. ¿Se ha alojado allí?

—Sí. Suite 14.

—Es raro. Él siempre tiene habitación en un hotel mucho más modesto, el París Hotel… No entiendo por qué se ha alojado ahora en el Paraíso. Quizás a su regreso de España no encontró habitación en el París y…

—¿Y fue a uno de los de la categoría del Paraíso? Lo dudo. Entérese de eso y llámeme al hotel, antes de las nueve.

—Está bien.

—Yo me encargaré del señor De Belinet. Puede que nos resulte un personaje importante. En principio resulta interesante, al menos.

—¿En qué sentido?

—Quizá le guste recortar letras de los periódicos y formar mensajes con ellas… Buenas noches, Yusef.

Capítulo IV

Hacia las diez de la mañana siguiente Brigitte salió del hotel, y, tal como habían convenido la noche anterior, Alí estaba esperando en el gran patio con su viejo automóvil. Los negrísimos ojos del joven árabe brillaron intensamente al ver a Brigitte.

—Buenos días, señorita. Creo que los beduinos tienen razón…

—Buenos días, Alí. ¿En qué tienen razón los beduinos?

—Dicen que sólo hay dos cosas que se acerquen en belleza al paraíso: el desierto y una mujer.

Brigitte se echó a reír, divertida.

—Te agradezco mucho el cumplido. Pero creo que es poco galante comparar a una mujer con el desierto. No hay nada tan diferente, a mi juicio. El desierto no produce nada.

—Oh, sí, señorita… Pero es bello.

—Bueno, no vamos a discutir ahora ese asunto. ¿Están preparados los dos camellos?

—La llevaré allá en menos de un cuarto de hora.

—Magnífico. En marcha.

Subieron los dos al automóvil, Alí al volante; el viejo cacharro se puso en marcha bajo los expertos manejos del árabe. Luego, efectivamente antes de un cuarto de hora, Alí lo detenía cerca de uno de los zocos con tejado de cañas, donde una multitud predominantemente árabe discutía con acaloramiento la compra o venta de diversos objetos. El sol se filtraba por entre el encañizado, manchándolos a todos con sombras de extraños dibujos.

—Iré a buscar los camellos, señorita.

—Muy bien.

Alí se apeó del coche y se adentró en el zoco. Salió apenas un minuto más tarde acompañado de otro árabe, caminando ambos hacia la gran puerta de madera cerca de la cual había estacionado el coche. Alí se acercó a Brigitte, y le explicó:

—Tiene los camellos en el patio interior. Ifin pregunta si usted quiere que él nos acompañe.

—No. Iremos solos nosotros dos. A menos que anoche me engañaras y no sepas dónde está la villa El Oasis.

—Alí sabe dónde está El Oasis. Pero podríamos ir en el coche… Ifin quiere veinte dólares americanos por el alquiler de los camellos. Podríamos ahorrarnos ese dinero, señorita.

—¿Podríamos?

—Bueno, he querido decir…

—Te entiendo. Pero no hay que ser tacaños. Será una experiencia más pasear en camello, de todos modos.

—No es tan fácil como parece.

—Te apuesto los veinte dólares del alquiler de los camellos a que me las arreglo bien.

—No, no.

Alí hizo bien en no aceptar la apuesta, porque, pocos minutos después, Brigitte Montfort demostraba que su habilidad se extendía hasta montar en camello por primera vez. Cuando ya estaba montada en la tambaleante jiba miró a Alí, que conversaba vivamente en árabe con el otro marroquí. Poco después el muchacho se encaramaba al otro camello.

—¿Salimos ya, señorita?

—Enseguida… ¿Qué charlabas con tu amigo Ifin?

—Él decía que usted se iba a caer del camello y yo le he dicho que no. Entonces él ha dicho que el camello es un animal inteligente y que con toda seguridad no querrá perder tan preciosa carga.

—Vaya… Sois todos muy simpáticos, Alí.

—Nos gustan las mujeres hermosas —musitó el joven, mirando con clara intención a la divina espía.

—Bueno… Es un gusto digno de alabanza —rió Brigitte—. Salgamos ya de la ciudad.

—Sí, señorita. ¿Quiere que pasemos por el Palmar?

—Naturalmente. Soy una turista curiosa, ¿no?

—Muy curiosa… Y muy decidida.

Montar en camello no es particularmente difícil, pero Brigitte comprendió pronto que tampoco era tan fácil como ella había creído. Veía el suelo a tan respetable distancia que calculó que una

caída desde la traqueteante jiba podía tener graves consecuencias, teniendo en cuenta que el pisotón de un camello es el más pesado de todos los animales, incluido el elefante.

Cruzaron el Palmar, gozando de la fresca sombra; alrededor de cien mil palmeras la producían, formando el más atractivo y sensacional bosque que Brigitte había visto jamás. Y como fondo sorprendente, el Atlas, con sus picos siempre nevados…

Cuando abandonaron el Palmar el sol le produjo a Brigitte la sensación quemante de un baño de calor. Los pantalones largos parecían adherirse a sus piernas, y la blusita era muy poca cosa para proteger su torso del intenso calor abrasador. Se quitó un instante el salacot y se enjugó las gotas de sudor que brotaban de su frente.

—Iremos a El Oasis por el camino más corto, Alí.

—Sí, señorita.

Invirtieron diez minutos en llegar allí. La visión de El Oasis fue, exactamente, como la de un auténtico oasis, lleno de sombra, de verdor, de agua. Tan sólo al ver la hermosa villa Brigitte se sintió más fresca y descansada… Pero su mirada se desplazó pronto de allí, buscando la presencia de personas a su alrededor.

Y en el corto recorrido hasta el gran arco de la entrada a la villa la espía supo que el Deuxième Bureau ejercía una sólida y efectiva vigilancia en torno a El Oasis. De media docena de hombres que le habían informado que estaban vigilando a André Rouget sólo vio a tres que despertaron su interés. Por supuesto también aquellos dos árabes que reposaban a la sombra de un pequeño grupo de palmeras, con sus camellos descansando cerca, podían tener algo que ver con el servicio de espionaje francés; pero, realmente, no importaban dos hombres más o menos. Bastaba tener la seguridad de que el Deuxième Bureau no pensaba permitir que el invento de André Rouget fuese a otras manos que a las francesas.

Respecto a lo cual la CIA también tenía mucho que decir…

—¿Vamos a entrar en la villa? —preguntó Alí.

—Desde luego. Tú te quedarás al cargo de los camellos.

Cruzaron el gran arco blanquísimo, y Brigitte suspiró muy aliviada cuando empezó a pasar bajo las sombras de las palmeras. A poca distancia de ellos se veía la casa, y, muy cerca, la piscina, con grandes toldos que recordaban tiendas árabes en un oasis.

Un hombre negro, alto, enorme, con la cabeza pelada, apareció en la puerta de la casa y se quedó mirándolos mientras Brigitte, tras la primera sorpresa ante semejante ejemplar, simulaba no verlo y se dejaba caer del camello mirando hacia el automóvil estacionado bajo la sombra de un encañizado.

El gigante negro caminaba hacia ellos cuando Alí se deslizaba al suelo musitando:

—Es un berebere, señorita. Y parece que no está contento de vernos… Quizá sería mejor que nos marcháramos de aquí a toda prisa.

—¿Tienes miedo?

—Bueno… No sé. Puedo meterle mi cuchillo en la barriga, pero estoy seguro de que me haría pedazos antes de que consiguiese matarlo.

—No hay que matar a nadie —dijo dulcemente la divina—. Ya verás cómo ese gigante será amable con nosotros.

—Alá esté de acuerdo con usted.

El gigantesco berebere de la cabeza rapada llegó junto a ellos con gran movimiento de sus pantalones bombachos, y se quedó mirando a Brigitte desde su imponente estatura, tras una mirada de indiferencia a Alí.

—Buenos días —sonrió la divina—. Entiendo que ésta es la villa del señor André Rouget.

El berebere no contestó. Hosco el semblante, sus ojos estriados en rojo recorrían con descaro la delicadísima figura femenina de belleza sin igual.

—¿Quiere preguntarle al señor Rouget si puede recibirme? —pidió Brigitte—. Dígale que mi nombre es… Brigitte Montfort, que soy norteamericana, y que le agradeceré que me conceda unos minutos.

Los ojos estriados en rojo recorrieron de nuevo el cuerpo de la espía. Y de pronto el gigante negro dio media vuelta sin haber dicho una sola palabra, y se dirigió hacia la casa. Alí suspiró contenidamente, y Brigitte le miró sonriente.

—No es muy simpático, ¿verdad?

—Es horrible. Y la ha mirado como si…

—Lo más tonto que hay, Alí, es mirar de este modo algo que está lejos de nuestro alcance. Deja que él cargue con las consecuencias

de sus miradas… Perderá más que yo, desde luego. ¿Quieres un cigarrillo?

—Sí, desde luego.

Fumaron los dos, a la sombra de las palmeras, mirando Brigitte con amable sonrisa poco menos que cariñosa los ensortijados cabellos del joven árabe, su bien musculado cuello, sus manos grandes de dedos muy largos, rápidos…

—Ahí viene el berebere, señorita.

Ella se volvió, y contempló con indiferencia el acercamiento de la mole negra. Cuando el berebere se detuvo ante ella señaló hacia la casa y a Brigitte. Luego señaló a Alí y movió negativamente la cabeza.

—Espérame aquí —murmuró Brigitte—. Y no te pongas nervioso. Este negro es sólo un criado. No hará nada que no le haya sido ordenado.

Echó a andar hacia la casa. La sombra del negro se proyectó detrás de ella. El gigante no hacía el menor ruido con sus pies descalzos. Llegaron a la casa, él empujó la puerta, y se apartó. Brigitte entró en el vestíbulo, el cual carecía de una pared para mostrar al fondo el patio cuadrado, con galerías a los lados y una gran fuente surtidor en el centro. Se oía el rumor del agua solamente.

Caminó hacia allí tras una seña del berebere, y al llegar a la entrada del patio vio, en una de las galerías, la mesita de ramas atadas y las sillas de juncos. Un lugar agradable, lleno del aroma de los naranjos y limoneros, sombreado por la docena de palmeras que había en el patio.

Y sentado en una de aquellas sillas de junco, André Rouget, mirándola con su característica expresión apacible, algo despeinados sus canosos cabellos.

Brigitte se acercó a él sonriendo cortésmente.

—¿Señor Rouget?

—A sus pies, señorita Montfort —se levantó él, hablando en inglés—. ¿Quiere tomar asiento?

—Gracias —Brigitte se sentó—. No es necesario que se esfuerce en hablar en inglés, profesor.

—Se lo agradezco. No lo hablo muy bien, y en cambio usted parece dominar muy bien el francés.

—Mi madre era francesa.
—Ah. Bueno, eso lo explica muy bien.
—Quizás usted la conoció, señor Rouget.
—Quizá. ¿Quiere tomar algo? Parece muy acalorada.
—He salido a pasear en camello y creo que es una experiencia un tanto… calurosa e incómoda. Tomaré algo fresco con mucho gusto. Y muchas gracias.
—¿Whisky, quizá? Con hielo, naturalmente.
—Preferiría algo menos contundente.
—Arún puede prepararle un zumo de uvas con hielo picado, o una limonada, o naranjada…
—Tomaré el zumo de uvas. ¿Arún es su poco simpático criado berebere?
André Rouget se permitió una sonrisa.
—Deberá disculpar a Arún, señorita Montfort. Tuvo un tropiezo hace algunos años, y le arrancaron la lengua. Su desconfianza con las visitas es debido a eso en parte.
—¿En parte?
—La otra parte es que él sabe que no me gusta recibir visitas.
—Ah. Bien… Entiendo que al recibirme me ha concedido usted una especie de privilegio.
Rouget encogió los hombros, y en francés ordenó al negro el zumo de uvas con hielo picado.
El berebere se alejó, y el técnico en radar dedicó de nuevo su atención a Brigitte, mirándola con curiosidad.
—¿Cómo se llamaba su madre?
—Giselle Montfort.
Rouget asintió pensativamente.
—Su apellido me llamó la atención y me hizo recordar a Giselle Montfort, pero no creí que usted tuviese nada que ver con ella, ya que, generalmente, los hijos llevan el apellido del padre.
—Yo soy… un caso especial —sonrió Brigitte—. ¿Conoció a mi madre, entonces?
—De oídas. Pero de eso hace muchos años, y fue en Francia. Creo que fue una gran patriota… a su manera.
—Cualquier manera es buena para ser una gran patriota.
—Sin duda… Sí, sin duda. —Rouget alzó un papelito que había tenido en las manos cuando llegó Brigitte, y lo miró vacilante—. Me

molesté en enseñar a Arún a escribir. Pero, según parece lo hice mal.

—¿Por qué?

—Porque Arún me ha escrito aquí que usted es norteamericana, no francesa.

—Ya le he dicho que yo soy un caso especial, profesor.

—Es la segunda vez que me llama profesor. ¿Por qué?

—Bueno… Es la idea que tengo de usted.

—Una idea muy arcaica. Hace muchos años que me dedico a vivir sin otra preocupación que la de levantarme cada día. Opino que ya no se me puede llamar profesor… de nada.

—Pues…Bueno, ése es el motivo de mi visita, señor Rouget.

—¿Ha venido a Marraquex para verme a mí?

—No, no… Estoy de vacaciones. Pero un buen periodista jamás deja escapar una oportunidad como esta.

—Arún no menciona que sea usted periodista.

—No se lo dije. Trabajo para el Morning News de Nueva York. Decidí tomarme unas vacaciones exóticas, y pensé en Marraquex. Me alojé en el Hotel Paraíso, y anoche, sin proponérmelo, oí algunas palabras de su ayudante… Llegó para alojarse también en el Paraíso, y pude oír su nombre; Maurice de Belinet. Luego dijo que le llamasen a usted por teléfono y que le pasasen la comunicación a su suite… Francamente, me sentí interesada, porque recordé su nombre como uno de los que, hace años, se relacionaron mucho con los perfeccionamientos del radar… Y caí en la cuenta de que hacía años que nada se decía de usted. Pensé que sería una buena idea hacerle una entrevista.

—A mí no me parece una buena idea, francamente.

—Lo lamento de veras. Le ruego que me perdone. Reconozco que he sido… indiscreta. Además cuando se tiene un ayudante se debe suponer que el director continúa en activo.

—Maurice es un ayudante especial. Digamos… un secretario. Su labor no tiene nada que ver con mi antigua profesión. En cuanto a mí le diré que me esfuerzo en ignorar si el radar sigue siendo útil al mundo.

—Temo que le he molestado, señor Rouget.

—Un poco.

—Lo lamento de veras. Y si mi presencia le molesta…

—Arún viene ya con el zumo de uvas. Le gustará. Y podemos charlar de cualquier cosa…

—¿Excepto del radar?

—Exactamente. Oh, también viene Maurice… Es posible que regrese al hotel, en cuyo caso estoy seguro de que se ofrecerá a llevarla en el coche. A menos que prefiera usted regresar en camello.

—Un coche es un sueño dorado en estos lugares —rió Brigitte—. Si el señor De Belinet es tan amable como usted dice aceptaré encantada.

Maurice de Belinet llegó junto a ellos sonriendo, mirando con clarísima admiración a Brigitte. André Rouget los presentó, y el apuesto secretario se inclinó acercando sus labios a la mano de Brigitte.

—Recuerdo perfectamente que la conocí anoche, señorita Montfort. Y puedo asegurarle que quedé maravillado.

—Lo noté —rió Brigitte.

—A veces es un poco difícil mantener una actitud seria, ¿no cree? Espero que no formase de mí una opinión demasiado mala.

—La habría formado si no hubiese admirado mis bonitas piernas, señor De Belinet —volvió a reír la divina.

—Es usted muy amable. Ah, señor Rouget, el asunto de las viñas del sur… Lo he repasado y todo está en orden.

—Magnífico, Maurice. Le estaba diciendo a la señorita Montfort que seguramente usted aceptaría llevarla de regreso a Marraquex en automóvil.

—¡Por supuesto que sí! ¡Me parece estupendo…! Mmm… Su esposa me ha encargado que le diga que lo necesita en la casa, señor Rouget. Está muy ilusionada con el viaje a París, pero me da la impresión de que el equipaje se ha convertido en un monstruo para ella.

—Falta de costumbre —sonrió Rouget, poniéndose en pie—. ¿Me perdona, señorita Montfort?

—Desde luego. ¿Van de viaje a París?

—La semana próxima. Mi esposa aún no lo cree… Y yo no acabo de comprender por qué tomé esa decisión. Puesto que Maurice parece dispuesto a atenderla bien sólo me resta decirle que ha sido un placer.

—A la recíproca, señor Rouget. Quizá volvamos a vernos antes de su viaje a París.

—¿Por qué no? Buenos días… Hasta luego, Maurice.

Éste correspondió al saludo de Rouget, y luego se quedó mirando sonriente a Brigitte mientras ella bebía el zumo de uvas con hielo picado.

—¿Le gusta el refresco?

—Me asombra que pueda prepararlo un hombre como Arún.

—Es un berebere muy fiel. Pero un tanto sobrecogedor, ¿no le parece?

—No.

—¿No la asusta un poco Arún? —se sorprendió De Belinet.

—En absoluto.

—Admirable. ¿Aceptaría almorzar conmigo?

—¿Por qué motivo?

—Mon Dieu… ¿Necesita un hombre normal un motivo especial para invitar a una mujer como usted?

—No —rió Brigitte—. Supongo que no. Acepto encantada, señor De Belinet.

—Llámeme Maurice, por favor.

Brigitte sonrió, acabó su zumo de uvas, y miró fijamente a De Belinet.

—Cuando quiera podemos regresar a Marraquex, Maurice.

—A sus órdenes, Brigitte. En cuanto a la noche…

—Por favor, no corra tanto. Almorzaré con usted, y luego dormiré un poco… Respecto a la noche ya hablaremos.

—Quería invitarla a cenar.

—Nunca me comprometo por partida doble. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir de aquí a esta noche? Maurice de Belinet parpadeó, perplejo.

—¿Qué puede ocurrir de aquí a esta noche? —se interesó.

—No sé… ¿Es usted aficionado a recortar letras de los periódicos, Maurice?

—¿A recortar…? ¿Cómo dice?

Brigitte sonrió ingenuamente.

—Hay muchas personas que coleccionan sellos, o botellas, o armas antiguas, o cuadros… ¿Por qué no puede haber quien tenga el capricho de recortar letras de los periódicos?

—Le aseguro que estoy desconcertado. Y desde luego no me dedico a eso. ¿Cómo se le ha podido ocurrir semejante cosa?

—Tengo mucha imaginación.

—Pero no comprendo…

—Ha sido una broma —volvió a sonreír la divina—. ¿Le parece que regresemos a Marraquex? ¿O quizá tengo delante de mí a Marraquex?

De Belinet volvió a parpadear, confuso.

—Bueno, Marraquex está a unos pocos kilómetros de la villa… Me parece que se está burlando de mí. No entiendo nada.

—¿Qué le sugiere el nombre de Marraquex?

—¿Sugerirme? Marraquex es el nombre de la ciudad a la cual vamos a regresar… ¿Sugerirme? Pues… Lugares un tanto exóticos, quizás… Pintoresquismo… Creo que he vivido demasiado tiempo en Marraquex para que el nombre me sugiera algo especial ahora… ¿Le sugiere algo a usted?

—Es una ciudad encantadora, ¿no?

—Sí, claro. Pero…

—Y haremos bien en regresar cuanto antes a ella.

—Sí, por supuesto…

Brigitte se puso en pie, sonriendo pero preocupada.

Maurice de Belinet podía o no podía ser el desconocido informante que se firmaba Marraquex; si no lo era, ella se había equivocado, simplemente.

Pero si lo era… ¿por qué ocultárselo al agente de la CIA que él mismo había llamado y al cual había pedido un millón de dólares? ¿Cómo habría de cobrar ese dinero sin darse a conocer al agente de la CIA?

Capítulo V

Finalizado el almuerzo, que transcurrió alegremente, uno de los botones del hotel se acercó a la mesa que ocupaban Brigitte y el simpático Maurice de Belinet y se quedó inmóvil a unos pocos pasos mirando a la muchacha, sosteniendo en una mano una bandeja.

—Creo que quieren entregarle algo, Brigitte —dijo Maurice.

Ella miró al botones, sonrió, y le hizo señas de que se acercara.

—¿Algo para mí?

—Un telegrama, señorita Montfort.

—Muchas gracias. ¿Me permite, Maurice? Tomó el telegrama, lo abrió, y leyó:

> PRIMO SIMÓN PASÓ EN VIAJE RELÁMPAGO POR MARRAQUEX Y TAL COMO PEDÍAS TE DEJÓ DINERO STOP SUPONGO QUE CUANDO RECIBAS ESTE TELEGRAMA YA NO TENDRÁS APUROS ECONÓMICOS STOP DIVIÉRTETE MUCHO PERO NO EXAGERES EN LOS GASTOS STOP BESOS TÍO CHARLIE

Brigitte miró amablemente al botones.

—Sin respuesta. Te debo la propina.

El muchacho se alejó, y ella guardó el telegrama en su bolsito, bajo la mirada curiosa pero no excesivamente interesada de Maurice, que inquirió:

—¿Buenas o malas noticias?

—Buenas —sonrió la divina—. Calculé mal mis gastos, lancé un S.O.S. a mi tío, y parece que se han arreglado las cosas… Bueno, creo que ha llegado el momento de dormir un poco, Maurice. Lo pide el clima, ¿no le parece?

—Sin duda… La acompañaré a su suite.

Subieron a la suite de Brigitte y ésta entró. Oyó el ruido de la puerta de Maurice de Belinet al cerrarse, en el mismo pasillo.

Abrió la suya y miró hacia allí, pero parecía que, efectivamente, Maurice se quedaría en su suite. Esperó todavía diez minutos sin perder de vista aquella puerta. El silencio era total en el hotel. Sólo en el patio se oía el débil piar de algunos pajaritos buscando dátiles maduros en las palmeras…

Transcurridos los diez minutos Brigitte salió de la suite deslizándose silenciosamente por el pasillo. Poco después salía del hotel…, y vio a Alí durmiendo en su viejo automóvil con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento.

Se acercó a él, sonriendo, y contempló durante unos segundos el viril rostro del muchacho, su boca recia, dura, sus ojos alargados, la puntiaguda barbilla… Metió la cabeza por la ventanilla y lo besó en los labios, dulcemente.

Alí abrió los ojos cuando ella retiraba la cabeza. Se la quedó mirando, parpadeando rápidamente, somnoliento.

—Señorita Montfort…

—Tienes que llevarme al mismo sitio, Alí.

—Sí… Sí, enseguida…

—Pareces desilusionado… ¿Te ocurre algo?

—No, no… Es que… estaba soñando que… que…

—¿Que yo te besaba?

—Sí… ¡Sí!

—Es un hermoso sueño —rió ella ya dentro del coche—. Anda llévame a la calleja que ya sabes.

* * *

Comprendió que algo había pasado cuando iba a golpear la madera para marcar en morse las letras CIA. La puerta no estaba completamente cerrada, sino entornada; se veía la estrecha abertura. La empujó lentamente, con cuidado, y fue cediendo sin ruido. Abdalah Yusef debía de haberse ocupado de que no chirriase…

Entró en la casa, cerró la puerta, y quedó inmóvil unos segundos en la oscuridad.

Por fin sacó su pequeña linterna y la encendió, dirigiendo el

delgado rayo de luz hacia el fondo de la casa por el primer pasillo.

—Yusef —llamó. Silencio.

Movió la linterna hacia los lados, pero no vio nada. Luego dirigió la luz hacia el suelo, para ver dónde ponía los pies al caminar hacia el primer pasillo…

Allí estaba Yusef Serfa. Tendido en el suelo.

La luz de la linterna se reflejó en sus negros ojos como en dos extraños cristales muy brillantes. Brigitte se arrodilló junto a él y le cogió una muñeca. Al hacerlo sus dedos rozaron algo frío: la gumía de Abdalah Yusef Serfa, caída en el suelo, cerca de su crispada mano derecha.

Mientras buscaba en vano el pulso del árabe que prestaba, que había prestado sus servicios a la CIA, Brigitte vio la mancha de sangre en el pecho del agente; una mancha que tomaba la forma de un ocho tumbado. Dos balazos que, al sangrar, habían juntado sus respectivas manchas hasta formar una sola.

Abdalah Yusef había emprendido el último viaje, hacia el paraíso tal vez.

«Ojalá sea así —pensó Brigitte—. Te deseo un auténtico paraíso en la otra vida, Yusef Serfa. Pero ya te dije que eras un agente de tercera categoría».

Sus pensamientos se esfumaron rápidamente al oír un débil rumor al otro lado de la gran puerta de madera. Se puso en pie velozmente, fue hacia la gran puerta, la empujó, y cuando estaba empezando a correr el gran pestillo de madera notó el leve empujón. Acabó de correr el pestillo en el momento en que la puerta crujía un poco, empujada por alguien. Pero ya no podrían entrar…

Oyó un debilísimo chasquido y algunas astillas saltaron hacia su rostro, acompañando a la bala que pasó junto a su mejilla y se estrelló contra una pared. Un diminuto agujero apareció en la puerta, y apenas se había apartado apareció otro, y otro, y otro. Las balas se estrellaron todas contra la pared del fondo, y en la puerta quedaron cuatro ojos pequeñísimos, de los que parecía brotar la luz solar.

El asesino de Yusef Serfa estaba fuera, disparando con su pistola con silenciador, aprovechando que nadie había en la calleja estrecha y empinada. La había estado esperando, la había dejado

entrar en la trampa, pero había sido muy lento después.

Pegada de espaldas al grueso muro Brigitte permaneció todavía unos segundos inmóvil, notando las diminutas gotas de sudor que resbalaban de su frente hacia las mejillas, las comisuras de la boca… Sacó su pistolita de cachas de madreperla, silenciosa ya de origen, y pensó en la conveniencia de contestar a aquellos disparos.

Decidió no hacerlo. Por el momento convenía que el asesino de Abdalah Yusef Serfa creyese que también la había matado a ella.

Se movió, silenciosamente siempre, hacia el rincón donde Yusef le había dicho que tenía escondida una cámara que fotografiaba a quien le visitase apenas abrir la puerta. Recogió la cámara y movió la linterna, buscando por el suelo.

Pero no.

No había allí el menor rastro de un millón de dólares. Y tampoco los encontró en toda la vacía y silenciosa casa del zoco. Obviamente el asesino de Yusef se había llevado el dinero… Buen golpe: eliminación de un enemigo y, como botín complementario, nada menos que un millón de dólares que Simón, el agente eterno, había puesto en manos de Abdalah Yusef.

Brigitte llegó a la sala donde había sostenido la primera entrevista con Yusef y corrió la áspera y gruesa cortina. Colocó la pistola de nuevo en su muslo izquierdo, saltó, y consiguió sujetarse en el grueso muro que servía de alféizar. Se izó con dificultades, pues no había asideros de ninguna clase. Llegó al primer tejado con las manos, los codos y las rodillas doloridas, y un leve rasguño que sangraba apenas en el codo izquierdo.

El sol caía a plomo sobre los tejados de las grandes casas del zoco, y una oleada de calor seco, quemante, casi mareó a la espía de la CIA. Ante ella, un mar de azoteas blancas y ocres, ventanas cuadradas, y sol a raudales, cegador, aplastante… Del centro moderno de Marraquex llegaba un rumor apagado, persistente.

Saltó a la azotea más cercana. Luego a otra. A otra…

* * *

Alí se quedó mirándola sobresaltado.

—¿Qué ha ocurrido? —exclamó.

Manchada de cal, sudorosa, jadeando, Brigitte entró

precipitadamente en el auto.

—Vámonos de aquí enseguida…

El viejo automóvil fue puesto en marcha, Alí mirando a Brigitte con los ojos muy abiertos a través del retrovisor.

—¿Qué le ha ocurrido? —insistió.

—Han querido matarme —sonrió Brigitte.

Las manos del muchacho se crisparon tan bruscamente que el volante se movió y el coche dio un par de bandazos.

—¡Que han querido…! —aulló.

—Matarme. ¿Viste a alguien entrar hacia el mismo sitio que yo?

—No… No, no… Pero ¿quién…?

—No te preocupes. Sigue a buena marcha hacia el hotel.

—¿Han querido robarle algo?

—Me han robado.

—¡Avisaremos a…!

—A nadie. Calla y sigue adelante. Y cálmate. Lo que ha ocurrido no tiene importancia.

—¡Han querido matarla y le han quitado mucho dinero! ¿Eso no tiene importancia? ¡Por lo menos le habrán quitado quinientos dólares, o mil…!

—Algo así —sonrió Brigitte, sacudiendo la cal de su vestido—. Sí, algo así como mil dólares.

—¡La policía marroquí…!

—Ni hablar de eso. Te diré lo que vamos a hacer. Me llevas al hotel y desapareces. Márchate bien lejos… Todo lo lejos que puedas. Y dentro de un mes te das una vuelta por el Hotel Paraíso y preguntas si ha llegado algo para ti. Te darán un paquete que contendrá diez mil dólares. Serán para ti; los has ganado por tu fidelidad, por tu utilidad. ¿Lo has entendido?

Alí movió la cabeza afirmativamente, tragando la saliva con dificultad.

—¿No… no la veré más, señorita?

—Posiblemente no. Y es por tu bien. Si continúas a mi lado te matarán. Creo que eso está muy claro, ¿no?

—Sí…, sí, señorita…

* * *

Salió del baño, se envolvió en la gran toalla, y fue hacia donde había dejado la cubeta con el ácido y la película extraída de la cámara de Abdalah Yusef. Todo ello pequeñísimo, como un componente más de su prodigioso maletín que siempre la acompañaba en sus viajes.

Sacó los revelados con unas pinzas y los dejó sobre la mesita. Bien… Allá había un hombre desconocido, en primer lugar. Un hombre de cabellos claros, mirada fría, mentón sólido… Sin duda era Simón, el hombre que había llevado el millón de dólares a Yusef Serfa. La tercera fotografía era ella misma, cuando entró tras encontrar la puerta abierta…

Pero la fotografía importante era la segunda. Mostraba un rostro de hombre. Un rostro cuadrado, sólido, duro; mirada penetrante, implacable, en sus ojos mongólicos…

Anton Prokov, de la MVD soviética.

—Bien —musitó Brigitte—. Muy bien, Anton Prokov. Estás trabajando en serio, ¿no es así? Pero ya veremos qué clase de beneficio te va a reportar ese millón de dólares.

Lo recogió todo y lo guardó. Luego se tendió en la cama, fumando pensativa. Le preocupaba la personalidad de Marraquex. Teniendo en cuenta que Maurice de Belinet siempre había estado alojado en un hotel diferente al Paraíso, su llegada adelantada de España, para precisamente alojarse en el Hotel Paraíso, resultaba reveladora. O al menos así se lo parecía a ella. Hacía ya tiempo que había aprendido a sonreír ante «casualidades» de aquella clase. Es sorprendente que en una ciudad grande como Roma, por ejemplo, seis hombres pertenecientes a otros tantos servicios secretos puedan localizarse, identificarse unos a otros, saber cada uno a qué atenerse respecto a los otros. En una ciudad de tres millones de habitantes seis hombres se cruzan continuamente, todos tras el mismo objetivo. Van a los mismos sitios, persiguen lo mismo, vigilan a las mismas personas… Es como si estuviesen los seis solos en una sola calle corta y estrecha. Asombroso, pero así es el espionaje.

Y aquello mismo, lógicamente, debía de estar ocurriendo en Marraquex: todos los servicios secretos sabían a qué atenerse respecto a los demás.

Las cosas no se hacían porque sí, por casualidad, sino siempre buscando un determinado resultado. Entonces, lógicamente,

Maurice de Belinet tenía algo que ver en aquel asunto, fuese o no fuese Marraquex.

Se quedó mirando el teléfono, sobresaltada, cuando éste sonó de pronto. Se sentó en la cama, dejó el cigarrillo en el cenicero, y descolgó cuando sonaba el cuarto timbrazo.

—¿Sí?

—¿Señorita Montfort?

—Sí, dígame…

—¿Lo tiene?

Era una voz aguda, un tanto nerviosa, precipitada.

—¿El qué? ¿Quién es usted?

—Me refiero a si ha conseguido que le proporcionen lo que le pedía en mi nota de ayer.

—¡Usted es…!

– No lo diga, ya que lo ha adivinado. En Marraquex todos nos conocemos, ¿verdad?

—Entiendo. Es usted, desde luego… ¿Cuándo puedo verlo?

—Cuando pueda traerme el pedido que le hice.

—Sí, bien… ¿Dónde nos encontramos?

—Sería inútil que viniese sin lo que yo le pedí, señorita Montfort. ¿Lo tiene o no?

—Atienda, señor… Atienda: espero tener eso esta misma noche. ¿A qué hora y dónde quiere que nos veamos?

—La volveré a llamar.

—Pero quisiera…

Clic, sonó el chasquido del otro teléfono al ser colgado.

Brigitte se quedó bruscamente silenciosa. Colgó el auricular, vaciló unos segundos, y lo descolgó de nuevo. Preguntó si podían decirle de dónde procedía la llamada, pero la respuesta fue que desde un lugar cualquiera, sin posibilidades de localización.

Colgó, encendió otro cigarrillo…, y en aquel momento llamaron a la puerta.

Frunció el ceño, sacó la pistolita, la empuñó con la mano derecha, y se envolvió de nuevo en la toalla de modo que el arma quedase oculta, así como su mano.

Salió del dormitorio y se colocó a un lado de la puerta.

—¿Quién es?

—Soy Maurice, Brigitte. ¿Puedo verla?

Maurice de Belinet. Naturalmente, el hombre que la había llamado había desfigurado la voz, pero aun así quedaba descartado que Marraquex pudiese ser De Belinet, ya que no había tenido tiempo de llamar desde fuera del hotel y presentarse allí en tan escasísimo tiempo.

Abrió la puerta y se quedó mirando a De Belinet, cuya expresión parecía un tanto tímida, como de disculpa.

—Posiblemente la he molestado…

—No, no… ¿Qué desea, Maurice?

—Bueno… Pronto serán las siete… He pensado que quizá querría salir a dar un paseo por Marraquex conmigo… antes de cenar.

—¿Cenar juntos? —sonrió Brigitte.

—Me parecería maravilloso.

—Lo siento de veras, Maurice. Ya le dije que no le aseguraba nada en ese sentido. Estaba esperando ultimar un asunto personal y creo que tendré que hacerlo esta tarde. No sé a qué hora regresaré al hotel.

—Comprendo… Bueno, me queda la esperanza de que sus vacaciones en Marraquex se prolonguen lo suficiente para que podamos intimar más.

—¿Por qué no? —sonrió Brigitte de nuevo, dulcemente—. ¿No quiere pasar, Maurice?

—Tengo una norma inflexible para mi trato con las mujeres hermosas, Brigitte: no resultar nunca pesado.

—Es una norma excelente. Se asegura usted la simpatía de las mujeres hermosas.

—Eso espero —sonrió el marroquí—. ¿Nos veremos mañana?

—Espero que sí. Buenas tardes, Maurice.

—Adiós…

El apuesto marroquí se alejó por el pasillo, muy correcto. Brigitte cerró la puerta, regresó al dormitorio, y consultó su relojito que había dejado en la mesita de noche. Efectivamente pronto serían las siete. Tenía el tiempo justo para hacer con perfecta pulcritud lo que había estado proyectando antes de la llamada del desconocido que se firmaba con el nombre de Marraquex.

Se vistió, se aseguró de que todo en ella estaba perfecto… incluido el detalle de la pistola sujeta a su muslo izquierdo con

esparadrapo, y se dispuso a salir. Estaba convencida de que Marraquex no tenía mucho tiempo que perder, y, como consecuencia, ella debería moverse también con toda rapidez.

Lo lamentaba. Lo lamentaba sinceramente…, a pesar de todo. Pero siempre, en ocasiones como aquélla, recordaba el viejo refrán, posiblemente uno de los más conocidos del mundo: el que a hierro mata, a hierro muere.

Capítulo VI

Cuando salió del hotel su pensamiento estaba ocupado por un solo problema: encontrar un taxi que la llevase a donde ella quería. Un problema de fácil solución, sin duda; mucho menor de lo que iba a significar la puesta en práctica de su plan.

Se distrajo momentáneamente al ver a Maurice de Belinet sentado a una mesa bajo uno de los parrales que daban sombra al rincón del patio más cercano al bar exterior del hotel. No pudo prestarle la debida atención porque en aquel momento sonó la voz junto a ella:

—¿Adónde iremos ahora, señorita?

Frunció el ceño y se quedó mirando atentamente al muchacho árabe.

—Alí… Creí que te había advertido claramente del peligro que corrías si continuabas cerca de mí.

—Muy claramente, señorita. Pero Alí está contento cerca de usted. Esto es nuevo para mí.

—Bien… Veo que tenemos el coche dispuesto para nuevos viajes.

—Siempre a su disposición.

—Estás corriendo un peligro innecesario.

—No sé… Usted debe de tener razón, claro. Pero Alí quiere ayudarla. No se vuelva, pero hay un hombre que está hablando con el otro…, y los dos la están mirando a usted…

—¿A qué hombres te refieres?

—Uno se llama Belinet, creo… El que la trajo a usted en su coche hasta Marraquex mientras yo venía con los dos camellos.

—Ya sé… Está sentado a una mesa cerca del bar exterior… ¿Y el otro hombre?

—No le conozco. El que se llama Belinet se ha puesto en pie… Los dos se alejan un poco, como si no quisieran que les viese

usted… Están hablando mucho y la miran… Belinet dice que sí con la cabeza.

—¿Cómo es el otro hombre? —musitó Brigitte.

—No sé…

—¿Rubio, moreno, alto, bajo, gordo, flaco…?

—Es alto, muy elegante… Lleva bigote y sonríe de un modo simpático.

—¿Te parece que su sonrisa es un poco burlona, y que tiene los ojos oscuros, y que su edad es, aproximadamente, de treinta y cinco años?

—¡Sí, eso es!

—Bien… El señor se llama Jean Louis Gerard, y trabaja para el servicio secreto francés. Para el Deuxième Bureau, concretamente… ¿Has oído hablar del Deuxième Bureau?

—Claro.

—Claro —sonrió Brigitte—. Ahora vamos a ir hacia tu coche. Irás mirando con disimulo a tu alrededor hasta encontrar un coche en el cual habrá por lo menos dos hombres que darán la impresión de que están esperando algo para ponerlo en marcha… Pero, veas lo que veas, no me digas nada hasta que yo te pregunte. Vamos a tu coche.

Se dirigieron los dos hacia el viejo automóvil. Brigitte entró atrás y Alí se colocó ante el volante.

—¿Salimos, señorita?

—Dime primero si has visto lo que te he indicado.

—Lo he visto. Un coche negro, más grande que éste. Hay dos hombres en el asiento delantero y nos están mirando… Y, como usted ha dicho, parece que están esperando salir de un momento a otro.

—Quieren seguirme. Ahora es el momento de demostrarme que conoces todo lo que se refiera a Marraquex, Alí.

—Sí, señorita. ¿Cómo se lo demuestro?

—Vas a salir del patio del hotel. Luego, y hasta que llegue la noche, estarás dando vueltas de modo que ese coche pueda seguirnos. Entonces, cuando sea de noche y estés seguro de que ese coche no está detrás del tuyo, me llevarás al hotel El Zoco… ¿Sabes dónde está?

—Seguro que sí.

—¿Podrás hacer lo que te he dicho?

Por toda respuesta Alí puso el coche en marcha, sonriendo. Resultaba que aquella extranjera, además de ser generosa, simpática y amable, era tremendamente divertida. Y, por si todo esto fuera poco, el joven Alí se había enamorado locamente de ella. De modo que, por poco que pudiese, iba a complacerla cumplidamente.

* * *

Anton Prokov dejó de contemplar los fajos de billetes que contenía el portafolios para dirigir la mirada hacia el teléfono, que estaba sonando fuertemente.

Frunció el ceño y descolgó el auricular. Sin duda sería una llamada equivocada…

—Diga.

—¿Señor Van Deersam?

—Sí…

—Hay una persona que pregunta por usted. Quiere saber si debe subir a verlo o baja usted a recibirle al vestíbulo.

—¿Quién es esa persona?

—Un momento, por favor. —Hubo una pausa, y de nuevo la voz del conserje—. Dice que su nombre no le dirá nada, pero que quiere tratar con usted sobre el asunto de esta tarde en los zocos.

—¿Es hombre o mujer?

—Un muchacho marroquí, muy joven. ¿Quiere usted recibirlo?

Antón Prokov, alojado en el hotel El Zoco con el falso nombre holandés de Van Deersam, quedó un instante pensativo, mirando el portafolios lleno de billetes.

—No… Dígale que bajo dentro de un minuto.

—Sí señor.

El hombre de la MVD colgó el auricular y quedó pensativo unos segundos. Luego cerró el portafolios, miró a su alrededor, y optó por meterlo debajo de la cama. Sacó la pistola que portaba en la axila izquierda y le echó un vistazo de pura rutina. Se puso la blanca chaqueta y salió de su habitación. Segundos después aparecía en el vestíbulo del hotel, mirando con suma atención a su alrededor. Pero no vio a ningún muchacho que respondiese a las señas recibidas por teléfono. Se acercó al conserje y allí le

informaron de que el muchacho en cuestión le esperaba en el patio.

No muy tranquilo Anton Prokov salió cautamente al patio. Apenas había puesto los pies fuera del edificio del hotel vio al muchacho. Éste lo miraba fijamente, intentando esconderse detrás de un par de palmeras que cruzaban sus troncos… De nuevo fruncido el ceño Prokov empezó a caminar hacia allí, dispuesta su mano derecha a desenfundar la pistola…

Para su sorpresa el muchacho echó de pronto a correr hacia la salida del hotel. Prokov estuvo un par de segundos paralizado por el asombro antes de correr detrás del muchacho… Sólo recorrió una docena de metros. De pronto se detuvo tan bruscamente que estuvo a punto de caer. Se volvió hacia el edificio del hotel y miró hacia la ventana de su habitación, torvamente. El juego no era de su agrado, de modo que si creían que iban a engañarlo les daría una sorpresa muy desagradable.

Regresó a toda prisa al hotel y subió rápidamente la escalera. En el pasillo se cruzó con un hombre de aspecto neutro, aburrido, que lo miró inexpresivamente, como si fuese una simple piedra… Prescindiendo de él Prokov continuó hacia su habitación, se detuvo ante la puerta, sacó la pistola, y miró al hombre del pasillo, que iniciaba el descenso de la escalera aburridamente, sin darse cuenta de nada.

Prokov probó el pomo de su puerta con todo cuidado. Estaba cerrada, tal como él la había dejado. Pero ése era un detalle sin importancia. Él podía hacer milagros mucho mayores que aquél…

Introdujo la llave en la cerradura y abrió muy lentamente, sin producir el menor ruido. El segundo personaje del viejo truco no iba a pasarlo muy bien con él. Era una treta absurda hacerle salir de su habitación y obligarlo a perseguir a una persona mientras otra se dedicaba a registrarla… No le daría tiempo de nada.

Abrió la puerta de golpe, pero en silencio. La ajustó tras él y se deslizó hacia el dormitorio. Apareció allí con la pistola en la mano, dispuesto a disparar inmediatamente.

Pero allí dentro no había nadie.

El ceño de Anton Prokov se frunció una vez más, mientras sus ojos se achicaban. Estuvo inmóvil en el umbral del dormitorio no menos de dos minutos. Luego, despacio, se dirigió hacia la cama y se dejó caer de rodillas junto a ella. La posibilidad de que la persona

encargada de entrar en su habitación fuese rapidísima no había que descartarla… En el tiempo que él había necesitado para bajar y subir un buen agente era capaz de entrar allí, encontrar el portafolios y desaparecer. Un agente que podía ser el hombre que se había cruzado con él en el pasillo…

Estaba a punto de soltar un gruñido de disgusto cuando vio el portafolios debajo de la cama. Lo sacó, lo abrió, y se quedó contemplando, desconcertado, el millón de dólares.

—Muy agradecida, Anton Prokov. Será mejor que permanezca de espaldas… Oh, debe dejar caer su pistola, naturalmente. Y empujarla hacia atrás con un pie. Exactamente… Ahora puede volverse, si quiere.

Prokov se volvió, frío, inexpresivo, y se quedó mirando a la hermosa mujer que salía del armario, con una pistola en su mano derecha.

—¿Quién es usted? —Gruñó el ruso.

—Oh, vamos, Prokov… ¿Pretende que nos dediquemos a perder el tiempo haciendo preguntas tontas?

—¿Qué hace aquí? ¿Qué quiere?

—He venido a hacerle una visita de cortesía. Quiero ese portafolios que contiene un millón de dólares. Pude buscarlo por mí misma, pero me pareció más cómodo esperar a que usted sospechase la verdad del truco de la persona que le esperaba abajo y subiese rápidamente para asegurarse de que no le habían quitado el dinero. Como ve, el mismo truco puede emplearse de manera muy diferente. Espero que no habrá cometido la descortesía de gastar dinero de ese millón de dólares.

Anton Prokov forzó una dura sonrisita.

—¿Quién es usted? —insistió el ruso en su pregunta inicial.

—¿No lo sabe? Quiso matarme esta tarde, en el mismo sitio donde mató a mi compañero de espionaje. ¿Cómo lo hizo?

—Llamé con las letras de la CIA, él me abrió, entré y lo maté.

—Sencillísimo. ¿Mató también al otro, al que trajo el millón de dólares?

—No me pareció conveniente. La tenía identificada a usted y al árabe. Me pareció que matar a otro era complicar mucho las cosas. Seguramente lo están esperando en algún sitio, y de no haber regresado habrían enviado a Marraquex más agentes de la CIA.

—Lo cual no es de su agrado. Queda entendido que fue usted quien disparó contra mí a través de la puerta.

—Desde luego. Sabía que matándola a usted quitaba a la CIA de la circulación en este asunto en Marraquex. Tuvo mucha suerte.

—Siempre tengo suerte. Siempre gano. Dígame una cosa: ¿está usted solo en Marraquex? ¿O tiene algunos compañeros esperando instrucciones?

—¿Está bromeando? —sonrió fríamente el ruso—. No me diga que espera que yo le conteste a eso.

Brigitte musitó, en el mismo tono frío:

—No me diga que espera que lo deje vivo, después de haber matado a un compañero mío, robarnos un millón de dólares, y tenerme identificada a mí… No me diga eso, Prokov.

—No la tengo identificada a usted.

—Oh, por el nombre no, claro. Pero me ha estado vigilando… Debió de saber quién era Abdalah Yusef, se dedicó a vigilarlo en los ratos en que no vigilaba la villa El Oasis, y me vio a mí en tratos con el pobre Abdalah Yusef. Luego llegó el dinero, y decidió que era el momento de eliminar a la CIA en Marraquex, quedarse el millón de dólares, y seguir intentando apoderarse del invento de André Rouget. ¿Se le ha ocurrido pensar que también tendría que eliminar al hombre del MI5 y a los seis del Deuxième Bureau?

—¿MI5? No intervienen en esto.

—Error, Prokov. El MI5 está interviniendo en esto. Supongo que se ha cruzado en el pasillo con un hombre de edad mediana, expresión entre neutra y aburrida, cabello planchado y peinado con raya, ojos claros… ¿No lo ha visto?

—Sí.

Brigitte sonrió gélidamente.

—Se llama Richard Lorigan y pertenece al MI5. Él, igual que usted, yo y el Deuxième Bureau, está en Marraquex para apoderarse del invento de André Rouget. Como ve nos vigilamos unos a otros de un modo casi descarado, lo cual indica una larga y sólida experiencia en cada uno de nosotros. Nada de tonterías de andar por las sombras no dejándose ver. No, no… Ahora en el espionaje priva la audacia, el desenfado… Lo más astuto, según parece, es presentarse en el lugar donde se está espiando algo y decir:

‹Soy Fulano, espía al servicio de tal país, y he venido a ver quién

de nosotros es el más listo y se lleva el invento›... ¿No está de acuerdo?

—Es posible —sonrió el ruso secamente—. Pero yo todavía no he llegado a tener tanta... astucia. Prefiero el anonimato.

—Yo no. Por eso voy a presentarme: Brigitte Montfort, de la CIA, cosa que usted ya sabe. Estoy en Marraquex para intentar conseguir el invento de André Rouget, del cual, a pesar del misterio con que él lo ha rodeado, se saben muchas cosas... ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿Recibieron una nota en la MVD firmada por un tal Marraquex para que viniese aquí en busca de ese invento?

—¿Una nota?

—Ya veo que no. ¿Qué sabe de ese invento?

—¿Espera que se lo diga?

—Siempre mantengo una esperanza... ¿No va a decírmelo?

—No.

—¿Tampoco quiere decirme si tiene compañeros en Marraquex?

—Tampoco.

Brigitte suspiró como desalentada.

—Observo que usted es muy poco útil para mí, Prokov.

—Mala suerte.

—Pero no para mí. Tengo una costumbre que algunas personas censuran agriamente... Hay gente que todo lo guarda: escaleras viejas, zapatos descosidos, trajes descoloridos... Todo lo van acumulando en el desván, día tras día, año tras año... Yo no. Lo que no me sirve lo tiro.

—¿Y...?

—Pues que me parece que usted no me sirve de gran cosa.

—¿Me está amenazando de muerte? —sonrió el ruso.

—Exacto. A menos que lleguemos a un... cierto acuerdo.

—No sea estúpida, señora. No habrá acuerdo.

—En ese caso debo matarlo.

—¿Sí? Bueno, atrévase... Pero hágalo pronto, porque de lo contrario le voy a quitar esa pistola y las va a pasar negras.

Dio un paso hacia adelante. Brigitte alzó un poco más la pistola.

—Sería mejor que llegásemos a un acuerdo —ofreció todavía.

—Sé que no va a disparar, así que... Plop. Plop.

Anton Prokov se detuvo de pronto, quedando como una estatua

durante un par de segundos, fijos sus ojos en los azules de la espía norteamericana, que lo miraba con escalofriante indiferencia sin dejar de apuntarlo. El ruso notaba en su pecho los dos pinchazos candentes de plomo y el temblor cada vez más violento en sus piernas. A su alrededor todo empezó a oscurecer, muy de prisa, como si hubiese un eclipse fulminante. Quiso llevar su mano hacia donde estaba su pistola, en el suelo, cerca de la agente de la CIA, y la cabeza le dio un millón de vueltas en medio segundo… Se encontró de pronto tendido de bruces, con la mano muy cerca de la pistola. Empezó a acercarla a ella mientras alzaba la cabeza hacia la mujer, cuyas finas piernas magníficamente dibujadas las tenía a menos de la distancia de un brazo. Asió la pistola, siempre fija su mirada en aquellos congelados ojos azules, y quiso alzarla…

Plop.

Fue un disparo implacable, frío, efectuado con la naturalidad del cirujano que extirpa de raíz un mal con su bisturí. La bala se clavó en la espalda de Anton Prokov, justo sobre el corazón, y el ruso quedó definitivamente inmóvil.

Brigitte le dio la vuelta colocándolo cara al techo usando la punta de un pie que pasó bajo la axila del ruso. Se aseguró de que estaba muerto. Luego recogió el portafolios y echó un vistazo a su contenido. Satisfecha de aquel contenido empuñó fuertemente la pistola, se colocó el portafolios bajo el mismo brazo, el derecho, y colocó entre éste y el pecho unos cuantos claveles que quitó de un jarrón.

Abrió la puerta y salió tranquilamente al pasillo. Estuvo a punto de echarse a reír al ver al hombre del MI5 inclinarse rápidamente hacia sus zapatos, como si la lazada de uno de ellos fuese la causa de su detención allí. Llegó junto a él cuando Richard Lorigan insistía en hacerse el lazo en el cordón. Se detuvo y esperó a que el hombre alzase lentamente la cabeza. Entonces apartó un poco el ramo de claveles y mostró la pistola, sonriendo.

—¿Tiene la bondad de venir conmigo, señor Lorigan?

—Se… se equivoca. Mi nombre es…

—Poco me importa el nombre que usted esté usando en Marraquex, señor Lorigan. Sé que pertenece al MI5 y que está aquí por el invento de André Rouget. Yo también…, y por ahora voy ganando la partida. Haga el favor de dirigirse hacia la escalera,

bajar al vestíbulo, salir al patio, y esperar allí nuevas instrucciones… Sería conveniente para usted que no olvidase que tengo en la mano un… ramo de flores.

—Mire, señorita…

—Tiene tres segundos para empezar a caminar, señor Lorigan. Uno…

Fue suficiente.

Richard Lorigan se dirigió hacia la escalera y obedeció punto por punto las indicaciones de Brigitte. Cuando salieron al patio Alí se dejó ver, de acuerdo a lo convenido si todo salía bien para Brigitte.

—Siga a aquel muchacho árabe, señor Lorigan.

El británico obedeció de nuevo. Siguió a Alí, lo vio meterse en el viejo automóvil, y supo lo que la hermosa mujer, iba a ordenarle seguidamente:

—Entre en el coche.

También obedeció. Brigitte lo hizo detrás, dejó a un lado el portafolios y los claveles, y le apuntó ostensiblemente con su pistolita de cachas de madreperla.

—Temo que usted va armado, señor Lorigan… ¿Me permite?

Adelantó la mano izquierda, palpó el torso del británico, y le quitó delicadamente la pistola. Lorigan no intentó nada. Se mostraba muy tranquilo, imperturbable, sosegado.

—¿Y ahora? —inquirió.

—Vamos a la casa del zoco, Alí.

—Sí, señorita.

El coche se puso en marcha, siempre ante la impasibilidad del británico, que no preguntó nada.

Cuando llegaron al lugar donde Alí dejaba siempre el coche mientras Brigitte se adentraba en las callejas, la muchacha recogió el portafolios y el ramo de flores, ocultando de nuevo la pistola.

—Temo que tendremos que caminar por tejados, señor Lorigan. Yo ya conozco el camino y voy armada, de modo que le aconsejo que se porte correctamente. De este modo ninguno de los dos tendremos nada que lamentar. *All right*?

—*All right.*

—Salga… Espéranos aquí, Alí.

Lorigan se apeó del coche, siempre con Brigitte detrás.

La muchacha le indicó el camino por los tejados, y el inglés se

desenvolvió bastante bien. Él fue el primero en dejarse caer en la pieza donde estaba el ventanuco tapado con la cortina áspera…

—Colóquese en aquel rincón —le amenazó Brigitte desde arriba —. Y no confíe en ninguna debilidad femenina. Le aseguro que sé dominar perfectamente situaciones más complicadas que ésta.

—¿CIA? —sonrió Lorigan.

—Es posible. Obedezca.

Lorigan obedeció una vez más. Daba la impresión de que más que dejarse dominar por una mujer, le seguía amablemente el juego; pero sin duda la pistola y la firmeza de Brigitte tenía mucho que ver en aquella amabilidad del británico.

Efectivamente Brigitte se dejó caer en el interior de la sala con absoluta seguridad, sin dejar de apuntar a Lorigan. Sólo cuando sus pies tocaron el suelo y sus rodillas se flexionaron elásticamente pudo haber intentado algo el inglés… Pero fue tan rápida la maniobra de Brigitte que ni siquiera inició el intento.

—Éste es un lugar discreto, señor Lorigan. Podemos hablar con tranquilidad y llegar a conclusiones que podrían resultar… ventajosas para ambos, ya que los dos tenemos algo que ganar.

—¿Qué cosa?

—El invento de André Rouget.

—Ya veo… Pero me parece que eso no podemos ganarlo los dos.

—Eso lo ganaría yo sola —sonrió Brigitte.

—¿Sí? Bien… En tal caso… ¿qué es lo que yo puedo ganar?

—Su vida.

—Entiendo. ¿Cuál es el invento del señor André Rouget?

—Lo ignoro.

—Buena ganancia. No es usted muy lista luchando por eso.

—Sin embargo, usted está en Marraquex dispuesto a conseguirlo para el MI5… ¿Acierto?

—Desde luego.

—¿Cómo tuvo noticias de ese… invento?

—Parece como si usted menospreciase al MI5, señorita.

—Ni mucho menos. ¿Supieron algo exclusivamente por medio de sus servicios informativos?

—Así es.

—¿No recibieron una nota firmada por Marraquex?

—¿Cómo…?

—Olvide eso; ya veo que no fue así.

—Pero no entiendo…

—No importa. ¿Por qué vigilaba al hombre llamado… Van Deersam en el hotel El Zoco?

—No es holandés, ni se llama Van Deersam. Partió de Europa, lo supimos, y salí tras él. Su salida coincidió con ciertos informes respecto a André Rouget que acabábamos de recibir, y, naturalmente, pensamos que su viaje a Marraquex estaba también relacionado con ese invento. Debo decirle que cuando la vi entrar en la habitación del señor… Van Deersam creí que usted era amiga suya.

—Todo lo contrario: he matado a Anton Prokov. ¿Por qué orientaron ustedes su atención hacia André Rouget?

—Por el excesivo movimiento del Deuxième Bureau en torno a ese hombre. Supongo que Anton Prokov, de la MVD, hizo lo mismo… No era lógico que un técnico en radar largo tiempo olvidado despertase interés, de pronto, en el Deuxième Bureau. En mi opinión los hombres de este servicio francés que han sido desplazados a Marraquex no son demasiado… hábiles. Observe que el MI5, la MVD, y usted, que supongo es de la CIA, hemos tenido noticias de este gran movimiento de agentes franceses… Es evidente que Francia pretende obtener en exclusiva el invento de André Rouget, y para conseguirlo no ha vacilado en enviar a seis hombres que se muestran casi con descaro.

—Es la técnica moderna —sonrió Brigitte—. ¿Está usted solo en Marraquex, señor Lorigan?

—Quizá. ¿Importa eso?

—No sé… Entienda usted que he eliminado a la MVD en este negocio. Si ahora le elimino a usted quedaremos solamente el Deuxième Bureau y yo. Con lo cual la pelea será más fácil para mí que teniendo que luchar también contra usted y contra Anton Prokov.

—Evidentemente. ¿Va a matarme?

—Preferiría no tener que hacerlo. Pero comprenda usted que debo quitarlo de en medio, de un modo u otro.

—Lo entiendo muy bien. ¿Puedo saber su nombre?

—Cuando regrese a Inglaterra uno de sus compañeros le dirá cuál es la única mujer del mundo que ha podido hacer lo que yo

pienso conseguir —sonrió Brigitte—. ¿Tiene la bondad de volverse de espaldas a mí?

—¿Va a golpearme?

—Debería conformarme con atarlo sólidamente. Pero temo que si no lo amanso un poco antes usted intentaría cualquier cosa.

—Desde luego.

—Entonces, por favor, vuélvase de espaldas… y colóquese de rodillas en el suelo, con las manos hacia atrás.

—Un poco humillante, ¿no le parece?

—Pero seguirá viviendo.

Richard Lorigan encogió los hombros. Se dejó caer de rodillas, vuelto de espaldas a Brigitte, y echó las manos hacia la espalda. Todos sus músculos se tensaron, a la espera del acercamiento que Brigitte debía efectuar para poder golpearlo. Era inevitable que ella se acercase por detrás. Y en cuanto lo hiciese…

Oyó el ruidito tras él, a su izquierda, y no vaciló ni un segundo: tensó las piernas, giró el torso, y saltó hacia atrás, poco menos que a ciegas. Si conseguía aferrar las piernas de aquella hermosa mujer…

Todo lo que vio fue, en el suelo, el ramito de claveles. Por lo demás, el vacío… Cuando se dio cuenta de que el ruido había sido producido por el ramito de flores y empezó a comprender que aquella mujer no era presa fácil ya estaba cayendo de bruces al suelo… y recibía en aquel momento un feroz punterazo en el hígado que le dejó sin respiración, amarillo el rostro, revuelto el estómago… Casi simultáneamente recibió en la cabeza el golpe que le libró de toda sensación posible.

El desvanecimiento vino a paliar el dolor que de otro modo hubiese sufrido el hombre del MI5.

Brigitte lo miró con burlona amabilidad, moviendo la cabeza con gesto de pesar. Algunos hombres no serían jamás buenos espías hasta que aprendiesen que una mujer, por naturaleza, siempre es más astuta que un hombre, más implacable, menos confiada… Sin embargo, se alegraba de no haber tenido que matar al agente británico.

Se procuró unas cuerdas en el interior de la casa, y con ellas dejó a Lorigan convertido en un auténtico fardo, o, más expresivamente, en una momia que en lugar de vendas tenía

cuerdas alrededor del cuerpo. Luego lo amordazó con tal fuerza que estuvo segura de que causaría no poco dolor al agente británico; pero aquello no era nada comparado con lo que le habría ocurrido si se hubiese tropezado con Anton Prokov en lugar de hacerlo con ella. Estaba convencida de que el hombre del MI5 soportaría flemáticamente aquellas incomodidades aunque durasen tres o cuatro días.

Tras un concienzudo repaso de las ligaduras y la mordaza salió de la casa por el mismo camino, saltando de tejado en tejado, de azotea en azotea. Había arrastrado a Lorigan hacia el interior de la casa y sabía que, excepto alguna que otra rata, el británico no recibiría ninguna visita.

Alí suspiró aliviado cuando la vio aparecer junto a él, tan tranquila, hermosa y sonriente como siempre.

—¿Y el hombre…?

—Le he dado unos cuantos días de vacaciones.

—¿No lo ha…?

—No, no. Él debe de ser amigo de un amigo mío, y no quisiera perder una amistad así… sin necesidad. Ahora llévame al hotel. El señor Jean Louis Gerard quizás esté allí esperándome, un poco disgustado por haber engañado a sus compañeros de servicio. Y supongo que pretenderá engañarme él a mí.

—Está bien. ¿Qué hago luego?

—Nada… Es decir, sí. No quiero que te quedes solo esta noche en Marraquex, ya que tú no estás acostumbrado a estas cosas… De modo que subirás a mi suite, y me esperarás allí. No abras a nadie, no contestes al teléfono, no enciendas ninguna luz. Simplemente, te quedas allí. Ya diremos algo respecto a tu seguridad.

—¿Qué es lo que está ocurriendo? ¿Por qué hay hombres que quieren molestarla? Si necesita mi ayuda para lo que sea…

—Sólo para llegar al hotel —rió Brigitte—. Y no olvides lo que te he dicho. En marcha, jovencito.

Capítulo VII

En una cosa se equivocó completamente la divina espía: el hombre del Deuxième Bureau llamado Gerard no intentó engañarla de ninguna manera.

Por lo demás, en efecto estaba allí, en el patio, en actitud de impaciente y hosca espera.

Apenas se apeó ella del coche de Alí, el apuesto francés se adelantó, sosteniendo la portezuela.

—¿Señorita Montfort? —preguntó secamente. Brigitte lo miró, fingiendo una deliciosa sorpresa.

—Sí.

—Mi nombre es Jean Louis Gerard, y pertenezco al Deuxième Bureau francés. Cosas ambas que usted ya conoce, sin duda.

—No comprendo, señor… ¿Por qué tengo yo que conocer esos detalles sobre usted? Soy una turista norteamericana que…

—Por favor, señorita —gruñó Gerard, esforzándose en permanecer cortés—. Usted se llama Brigitte Montfort, trabaja en el Morning News de Nueva York y, además, está prestando servicios para la CIA. Ésta es su fotografía, obtenida anoche por uno de mis hombres. Una copia de esta fotografía fue enviada a París con toda urgencia…, y la respuesta nos ha llegado también con toda urgencia. Tenga la bondad de leerla.

Brigitte tomó el papel, asombrada, aunque ya aceptando la situación. Todavía no leyó el papel, sino que preguntó:

—¿Por qué me fotografiaron precisamente a mí, señor Gerard?

—Porque por la tarde estuvo a ver a un hombre llamado Abdalah Yusef Serfa, que trabaja para la CIA. Evidentemente usted no podía ser ajena a las actividades de Yusef Serfa, de modo que decidimos investigarla. La hemos estado siguiendo, vigilando… Pero esta tarde ha despistado usted a mis hombres. ¿Puedo saber dónde ha estado?

Brigitte miró con simpatía al enfurruñado espía francés.

—Temo que olvida, Monsieur, que Marruecos ya no pertenece de ningún modo a Francia. Podemos decir que los dos estamos en un país extranjero… ¿No es así? Ahora bien, si pretende imponerme por la fuerza sus deseos u opiniones temo que habrá… pelea.

Un destello de admiración pasó fugazmente por los ojos del espía francés.

—Le ruego que lea el mensaje recibido acerca de usted. Después seguiremos esta conversación.
D'acord
?

—*Okay* —sonrió la divina. El mensaje decía:

Fotografía recibida corresponde a Mademoiselle Brigitte Montfort, americana, CIA, periodista en el Morning News, nacida de madre francesa principios Segunda GuerraMundial, enviada posteriormente a USA. Inteligente en grado máximo, astuta, peligrosísima en todo momento, capaz de tomar decisiones propias incluso contraviniendo órdenes recibidas. Uno de nuestros mejores jefes asegura que se puede confiar plenamente en ella si Mademoiselle Montfort acepta colaborar. Sin embargo, conviene tener bastantes reservas con ella, puesto que en diferentes ocasiones, debido a su sentido de la independencia y a un muy personal modo de hacer justicia, ha sorprendido a los servicios secretos, incluso a la misma CIA. En toda misión Mademoiselle Montfort es quien dice la ultima palabra, quien toma la decisión final.

—¿Y bien? —Se impacientó el francés.

—Es un informe halagador —sonrió la divina.

—¿Pero exacto?

—Por completo exacto, Monsieur. Aunque han omitido un detalle de mucha importancia, a mi entender: en ocasiones he trabajado para el Deuxième Bureau. Sin que sea mencionado,

parece que queda implícito en esta parte del mensaje: «uno de nuestros mejores jefes asegura que se puede confiar plenamente en ella si Mademoiselle Montfort acepta colaborar».

—¿Acepta? —musitó Gerard.

—No comprendo… ¿Está pidiendo mi ayuda?

—Su colaboración —definió escrupulosamente el francés—. Se entiende que el Deuxième Bureau también está dispuesto a hacerle a usted ciertas… concesiones.

—¡Qué amables son los señores del Deuxième Bureau…! —rió la hermosa espía—. Por cierto, señor Gerard, ¿será tan amable de transmitir mis saludos a Monsieur Nez? Espero que no esté todavía disgustado conmigo por el affaire de Saint Honoré.

—¿Usted… usted fue la agente que solucionó el asunto de la campana de Saint Honoré?

—Efectivamente.

—*Magnifique*! En tal caso quizá podamos arreglar conjuntamente este asunto en Marraquex… ¿Puedo rogarle que venga conmigo?

—¿Adónde?

—A la villa El Oasis, residencia del profesor André Rouget.

—¿Ha ocurrido algo allí?

—Algo muy grave… Han robado el invento del profesor Rouget.

* * *

—No lo sé —musitó Maurice de Belinet—. Le aseguro que no sé cómo ocurrió todo, señor Gerard… Ya se lo dije a sus compañeros. ¿Por qué no les pregunta a ellos cómo entraron aquellos hombres en la villa?

Jean Louis Gerard frunció el ceño mirando a los dos hombres de su grupo que habían mantenido aquella noche la vigilancia en la villa El Oasis.

—Ya le he dicho, señor De Belinet, que mis hombres no vieron entrar a nadie en la villa. ¿Quizás usted encontraría alguna explicación, señor Rouget?

André Rouget estaba hundido en un sillón, abatido, sombrío. A su lado, su esposa, en pie, pálida.

Cerca de ellos, Maurice de Belinet, con un gran trozo de esparadrapo en la parte posterior de la cabeza. El técnico en radar

movió negativamente la cabeza. En su frente, bien clara, la huella de un fuerte golpe recibido no hacía mucho.

—Lo siento, Gerard… Sé lo mismo que Maurice… Él vino a vernos a mi esposa y a mí, como algunas noches… Entró en la casa, charlamos unos minutos… De pronto Maurice dijo que quería ver cómo seguía el trabajo, si yo no tenía inconveniente, y decidimos bajar los dos a echar un vistazo… Hay un sótano muy grande en la villa, que separamos en dos. En uno quedó la bodega. En otro acondicioné mi taller de trabajo. Bueno, Maurice y yo entramos en el sótano, y eso fue todo.

—¡Todo…!

—Nos golpearon a los dos; a él en la cabeza, a mí en la frente… Cuando nos recobramos el fusil ya no estaba. Salimos corriendo del taller y encontramos a mi esposa tendida en el suelo, cloroformizada… Ya les he dado varias veces esa explicación, Gerard.

—Sí, así es —suspiró Gerard—. El hecho cierto es que hay en Marraquex alguien tan audaz que ha sido capaz de burlar al Deuxième Bureau, entrar en una villa vigilada, narcotizar a Madame Rouget y golpear a su esposo y al señor De Belinet… Asombroso, pero así ha ocurrido. ¿Tiene usted alguna idea sobre quién pueda ser esa persona, señorita Montfort?

—No —mintió Brigitte, que no pensaba mencionar al misterioso personaje llamado Marraquex.

—¿Está segura?

—Por completo.

—He llegado a pensar que muy bien pudo ser usted, después de despistar a mis hombres, quien vino aquí a por el invento del profesor Rouget.

—No diga tonterías, Monsieur —sonrió burlonamente Brigitte—. Si yo tuviese ya ese invento no estaría aquí en estos momentos, sino muy lejos de Marraquex… ¿No van a decirme en qué consiste ese invento? Han mencionado un fusil, pero eso no me explica el asunto.

André Rouget miró a Jean Louis Gerard, el cual vaciló un instante antes de asentir con la cabeza.

—Es un fusil automático, con capacidad para treinta cartuchos…, y que se orienta por radar, señorita Montfort.

Naturalmente ahora que sé que usted no es tan sólo una periodista espero que esto no será divulgado en un periódico.

—Por supuesto que no, profesor. Pero acláreme el funcionamiento de ese fusil con radar, por favor.

—Es un fusil de unos diez kilos de peso… Unas veinte libras, según su…

—Comprendo muy bien el sistema de peso por kilos, profesor. Pero de acuerdo: un fusil de unas veinte libras de peso, con capacidad para treinta disparos y que se orienta por radar… ¿Cómo se entiende esto último?

—El excesivo peso del fusil es debido al sistema de radar que lleva acoplado.

—¿Un radar en un fusil? —musitó Brigitte.

—Me ha costado muchos años conseguirlo —sonrió tristemente Rouget—. Espero que no va a pedirme ahora que explique cómo he conseguido ese sistema de radar transportable… Su mecanismo ha tenido que complicarse un poco hasta conseguir un mínimo de peso y un máximo de sensibilidad sobre la marcha.

»Va montado bajo el fusil, de modo que queda entre la mano izquierda cuando ésta lo sostiene para el disparo, y la derecha cuando está con un dedo en el gatillo. En ese momento, es decir, cuando se está en disposición de disparar, la pantalla señala la presencia y situación del enemigo, o de la pieza. Y, naturalmente, esa pantalla indica en todo momento la presencia de cualquier cosa móvil a la distancia máxima de una milla, o sea, casi dos kilómetros.

Brigitte estaba estupefacta.

—Supongo que no es una broma, señor Rouget —exclamó finalmente.

—Desde luego que no. Un solo hombre que llevase ese fusil sería como si unas tropas llevasen por delante un radar que les indicase la presencia de grupos enemigos. Un solo movimiento, y el radar acoplado al fusil lo capta inmediatamente. Entonces ese hombre puede acertar a su enemigo, por bien escondido que esté, tan sólo colocando el fusil en posición de disparo ante su rostro, y, en lugar de apuntar por sistema telescópico o un corriente punto de mira, mirar a la pantalla, donde queda indicada la presencia y situación del enemigo o pieza a cobrar.

—Pero… pero esto es asombroso… ¡Sería el arma ideal para lucha de guerrillas! El ejército que tuviese esa arma tendría la seguridad de que, en cualquier terreno, sus hombres no caerían jamás en emboscadas… Y no sólo eso, sino que por medio de esos fusiles sabrían el lugar exacto donde estarían escondidos los enemigos…

—Con lo cual el soldado sólo tendría que echarse el fusil al hombro, apuntar por medio de la pantalla del radar, y disparar. Evidentemente si el obstáculo tras el cual se escondía el guerrillero era una roca u otro material sólido no podría matarlo o herirlo… Pero lo conseguiría en todos los casos de lucha en la selva, cuando sus enemigos se escondiesen detrás de arbustos, en chozas de paredes débiles, debajo de lonas de camuflaje, etcétera… Ése es mi invento, señorita Montfort.

—Es… fantástico. Pero será un arma cara, de complicado manejo, difícil de transportar…

—No es demasiado cara, teniendo en cuenta su utilidad; tampoco resulta difícil de transportar, pues su peso, como le he dicho, es de unas veinte libras, y está construido de modo que su forma sea fácilmente adaptable al hombro del soldado que lo lleve. En cuanto a su manejo no puede ser más simple: poner en funcionamiento el radar, mirar, y apretar el gatillo. Lo difícil, señorita Montfort, ha sido inventarlo… Su utilización no presenta dificultad alguna.

—Bien… Es lamentable que hayan robado un invento tan… eficaz, profesor. Supongo que usted pensaba obtener fruto de él.

—Estaba en tratos con nosotros —dijo Gerard—. Por eso montamos la vigilancia a su alrededor. Francia quería asegurarse la posesión de ese fusil.

—Es natural. Poseer un arma semejante sería magnífico para cualquier país. Imagínese la facilidad que los soldados de mi país tendrían en Vietnam para luchar contra los guerrilleros del Vietcong, que les tienden continuamente emboscadas de pequeñas guerrillas norvietnamitas. Y con una docena de esos fusiles ni un solo guerrillero tendría éxito en sus emboscadas.

—Indudablemente.

—Bien… Me pregunto qué vamos a hacer ahora, señores. Es evidente que todos reunidos aquí no conseguiremos nada.

—¿Qué sugiere usted? —murmuró Gerard.

—No sé… Nada.

—¿Nada?

—Señor Gerard, ya le he explicado por el camino que además de nosotros intervenían en esto la MVD y el MI5. Ni uno ni otro han podido robar el fusil, lo sé bien. Entonces quedamos usted y yo. Usted no ha sido, por supuesto. Yo tampoco, se lo aseguro. En tal caso hay que moverse, buscar… Y creo que usted, con cinco hombres a su disposición, está en mejores condiciones para hacerlo. Además me siento muy cansada… Ha sido un día fatigoso para mí. Paseo en camello, contratiempos, decepciones, sorpresas… ¿Les importa que me retire?

—Uno de mis hombres la llevará al hotel en el coche.

—No es necesario. Alí nos ha seguido con su viejo cacharro… Además, si el señor De Belinet regresa a Marraquex quizá vuelva a llevarme en su auto… ¿Le parece bien, Maurice?

—Oh, sí… Encantado, Brigitte.

Maurice de Belinet se puso en pie; gimió débilmente y se llevó con todo cuidado la mano al lugar donde tenía el esparadrapo.

André Rouget lo miró como alarmado.

—Es posible que no sea conveniente que usted conduzca, Maurice. Si quiere quedarse en la villa esta noche…

—No, no… Gracias, profesor; pero estoy seguro de que podré dejar a Brigitte sana y salva en el hotel.

—Pero usted no se encuentra bien, muchacho —insistió Rouget.

—Agradezco su afecto —sonrió De Belinet—. Pero tiene usted un secretario muy fuerte. Buenas noches a todos. Madame Rouget…

—Buenas noches —se despidió también Brigitte—. Espero que me avisará si ocurre algo nuevo, señor Gerard. De lo contrario mañana temprano, ya descansada, le ayudaré en lo posible.

—Aceptada su colaboración. Buenas noches.

—Adiós.

Cuando salieron de la casa Alí estaba esperando en el patio.

—Iré en el coche del señor De Belinet, Alí. Síguenos.

—Sí, señorita.

Cruzando el patio hacia donde estaban los coches vieron a Arún, el gigantesco berebere mudo, que se dirigía hacia la casa, siempre sin el menor ruido, silencioso sobre sus descalzos pies enormes. Se

desentendieron pronto de él y ocuparon los coches.

Diez minutos después llegaban al hotel, entrando al patio con los vehículos.

—Creo que le sentaría bien un trago, Maurice —sonrió Brigitte.

—Ya tomé en El Oasis… Creo que lo que me sentaría mejor es descansar unas horas, pues empieza a dolerme la cabeza con más intensidad.

—Deberíamos avisar a un médico.

—No, no… Unas horas de buen sueño lo arreglarán todo. ¿Sube?

—Pues… Yo preferiría tomar algo antes de retirarme. Creo que me he puesto un poco nerviosa. Una copa de champán helado con una guinda me sentará de maravilla. Le deseo que descanse.

—Gracias… Supongo que nos veremos mañana.

—Desde luego. Ahora que ya no hay misterios entre nosotros las cosas son más simples, más sinceras. Buenas noches, Maurice.

—Hasta mañana.

Maurice de Belinet se retiró palpándose cuidadosamente el golpe recibido en la cabeza. Alí apareció junto a Brigitte, siempre mirándola con aquella insólita fidelidad.

—¿Debo subir a su suite, señorita, tal como me dijo?

—Espera un momento, Alí… Mientras yo voy a tomar una copa de champán, cosa que tú no puedes hacer, vas a registrar el coche del señor De Belinet.

—¿Registrar su coche?

—Exactamente. Quiero que lo registres bien a fondo.

—Bien, pero… ¿qué es lo que debo encontrar?

—Un fusil… Como ves es algo bastante grande. No te costará mucho trabajo encontrarlo… si está en el coche. Luego subes a mi suite y me esperas allí. Yo pediré la llave ahora, saldré, y la dejaré sobre el capó de tu coche. ¿Entendido?

—Sí, señorita.

Capítulo VIII

Cuando Brigitte entró en su suite encontró a Alí sentado en la cama y contemplando distraído un papel.

—¿Qué es eso, Alí?

—No sé… Un mensaje raro. Estaba en la pantalla de la lamparilla.

—Dámelo… ¿Encontraste algo en el coche del señor De Belinet?

—No.

—Esto parece muy complicado… Veamos qué nos dice en esta ocasión el amigo Marraquex.

—Ése es el nombre que dice en el papel… ¿Qué quiere significar con eso de Marraquex?

—Es un sobrenombre como otro cualquiera. Veamos…

SUPONGO QUE SABE YA QUE TENGO EL INVENTO DEL PROFESOR ROUGET. LLEVE EL MILLÓN DE DÓLARES ESTA MADRUGADA A UKAINDEM, ALBERGUE SIDI SAF, DONDE TIENE RESERVADA HABITACIÓN 6. SERÍA CONVENIENTE QUE NO SALIESE DE MARRAQUEX HASTA LAS DOS DE LA MADRUGADA.

MARRAQUEX

—¿Qué es el Ukaindem, Alí?

—Una estación de deportes de invierno, en el macizo Toubkal. Es un lugar frío por las noches, casi siempre nevado… Muchos turistas van allí a esquiar.

—¿Tú has ido alguna vez?

—Oh, sí, varias… He llevado a muchos turistas.

—¿A qué distancia está?

—Unos… sesenta y cinco kilómetros. Hay una buena carretera que lleva hasta allí desde Marraquex.

—Saldremos a las dos de la madrugada… Y como son casi las doce me temo que no vale la pena dormir un par de horas.

—Acostarse no quiere decir dormir.

Brigitte miró divertida al joven árabe.

—Por supuesto, jovencito. Pero opino que deberías ocuparte de que el depósito de tu coche esté lleno de combustible, repasar bien las ruedas de modo que estén bien hinchadas, asegurarte de que la de recambio está en buenas condiciones…, y otros pequeños detalles que conviertan el viaje si no en un placer sí en algo seguro y confortable. De todos modos si prefieres retirarte de esto…

—¡No! Alí hará lo que usted quiera, señorita.

—Pues ya me has oído —sonrió Brigitte.

El muchacho se puso en pie, decepcionado. Riendo, Brigitte le echó los brazos al cuello, le besó en los labios, y luego le alborotó el negro cabello.

—Cuando trabajo, trabajo —dijo dulcemente—. Y me gusta que todo esté en orden y a punto. Después que hayas hecho todo lo que te he dicho me esperas, a las dos en punto, fuera del hotel, con el coche dispuesto para el viaje. ¿*Okay*?

—Sí, señorita. Haría cualquier cosa por usted…

—Sólo lo que te he dicho —rió de nuevo la divina—. Bueno, ¿qué estás esperando? ¿Otro beso? Volvió a besarlo, lo cogió de un brazo, y lo llevó hacia la puerta de la *suite*, empujándolo cariñosamente al pasillo.

Regresó al dormitorio, sacó el maletín, y lo repasó concienzudamente; repuso en su pistola las balas gastadas en matar a Anton Prokov, y se cambió de ropas, poniéndose unos pantalones largos y un jersey, todo negro, indumentaria que siempre llevaba consigo. Tiró un chaquetón oscuro sobre la cama, dejó el maletín y el portafolios con el millón de dólares en la cama, sacó un diminuto reloj-cámara del maletín, y lo manipuló antes de dejarlo en la mesita de noche. Luego se tendió en la cama y se quedó dormida en menos de diez segundos.

* * *

Tu-tu-tu-tu…

Abrió los ojos, apagó el sonido del pequeño reloj, y miró la hora:

las dos menos tres minutos. Saltó de la cama, guardó el reloj en el maletín, recogió éste y el portafolios, y salió de la suite, tan despejada como si hubiese dormido diez horas.

Bajó al vestíbulo, donde no había nadie, y salió rápidamente al patio. Su primera mirada fue hacia el lugar donde Maurice de Belinet había dejado antes el coche.

No estaba.

Sonriendo irónicamente, la más audaz espía femenina de todos los tiempos salió del patio, vio el coche de Alí, y se dirigió directamente hacia él. El muchacho dormía nuevamente, con la cabeza apoyada en el respaldo.

—Eres un granuja, Alí —rió la divina—. Pero te estás ganando unos pocos besos.

Lo besó y entró en el coche, riendo. Alí se volvió hacia ella, ofuscado, casi abochornado.

—¿Sabía que no estaba durmiendo? —farfulló.

—Ni la otra vez tampoco, sinvergüenza —rió cada vez más divertida la espía sensacional—. Bueno, pon esto en marcha y vámonos a ese lugar llamado Ukaindem.

* * *

Cuando llegaron soplaba un viento frío propio del Atlas. Se veían las manchas blancoazuladas de la nieve a la luz de la luna, por las laderas del Toubkal. Algunos puntos de luz señalaban la situación de diversos albergues, pero Alí sabía dónde estaba el Sidi Saf, y ante éste había detenido el coche.

Brigitte se apeó, recordándole a Alí:

—Ya sabes lo que te he dicho.

—Sí, señorita.

Ella entró en el albergue mientras el muchacho se alejaba de allí con el coche. Dentro del albergue no hubo inconveniente alguno para la espía. Efectivamente tenía reservada una habitación, la seis.

—Mi equipaje llegará mañana, espero —sonrió Brigitte—. No parece que esto esté muy concurrido.

—Hace frío —sonrió el árabe vestido a la europea—. Pero por la mañana todo se anima mucho.

—Eso espero… Supongo que le ha sorprendido mi hora de

llegada.

—No, no.

—Seguramente no ha llegado nadie más que yo esta noche.

—Se equivoca. Llegó un caballero no hace ni hora y media.

—Oh… Espero que no lo haya aposentado usted en mi habitación, creyendo que yo no llegaría hasta mañana.

—Desde luego que no, señorita. Le di otra habitación, naturalmente. La nueve… Sí, la nueve. Nadie la molestará.

—Magnífico. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita.

Brigitte se dirigió al pasillo amplio, forrado de madera, que llevaba a las habitaciones; pero en aquel momento entraba Alí, que se apresuró a alcanzarla.

—El coche está cerca de aquí, señorita —musitó—. Pero no he visto al señor De Belinet.

—Ya lo sé. Ve al coche, Alí, y no te duermas… Ni siquiera como una broma.

—¿Saldrá pronto?

—No lo sé. Pero no te duermas.

—Alí no se dormirá.

—Buen chico… Hasta luego.

Brigitte continuó hacia su habitación, sonriendo con cierta dureza. Estaba bien claro ya que Maurice de Belinet sabía de aquel asunto mucho más de lo que decía a todos. En primer lugar el golpe que tenía en la cabeza podía habérselo propinado él mismo… después de golpear a André Rouget. En segundo lugar su preterido malestar podía ser la excusa para subir a su suite en el hotel Paraíso antes que ella y dejarle la nota. Luego él partía hacia Ukaindem, la esperaba…, y, no tardando mucho, Maurice de Belinet estaría ante ella y le pediría un millón de dólares por el invento que le había robado a André Rouget ante las mismas narices del Deuxième Bureau…

Porque una cosa era cierta: hay espías más inteligentes que otros, pero todos, en mayor o menor grado, son inteligentes, astutos y desconfiados. Suponer que alguien se había burlado tranquilamente de dos agentes del Deuxième Bureau era una pretensión absurda. Aquellos dos hombres que vigilaban la villa El Oasis lo habían hecho bien, estaba segura de ello.

Pero, según parecía, el astuto Maurice de Belinet aún lo había hecho mejor. Entró en su habitación, y, sin encender la luz, saludó:

—Buenas noches, señor Marraquex.

—Buenas noches, señorita Montfort. ¿Trae el dinero?

Brigitte se sorprendió tanto que estuvo un par de segundos como petrificada, sin asimilar la certeza de que aquella voz no correspondía en absoluto a Maurice de Belinet, al cual había ya asignado ella el sobrenombre y la personalidad de Marraquex.

Pero… ¿quién era aquel hombre, entonces?

Se volvió y dio la luz rápidamente, tras localizar el interruptor a tientas en la pared, junto a la puerta. Luego se quedó mirando, desconcertada, al personaje desconocido. Un hombre menudo, delgado, de rostro cetrino, ojos negrísimos, con expresión maligna en su feo rostro vulgar.

—¿Sorprendida? —sonrió maliciosamente el hombre.

—Pues… Sí, lo admito. ¿Usted es Marraquex?

—En efecto.

—No le creo.

—¿No? Puedo recitarle de memoria todos mis mensajes si quiere. También puedo decirle punto por punto lo que usted ha estado haciendo desde su llegada a Marraquex… Es usted de una movilidad extraordinaria, señorita Montfort.

—Gracias. Parece que usted también posee una movilidad… extraordinaria.

—Sí, pero en mi caso no hay mérito alguno. ¿Qué hace? Brigitte lo miró con displicencia.

—Voy a fumar. ¿Tiene usted inconveniente?

—No, no… Pero sólo fume.

—Es lo que quiero. No es necesaria esa pistola, señor.

Brigitte sacó de su maletín una boquilla y un paquete de cigarrillos. Colocó uno en la boquilla, lo encendió con su encendedor de brillantes y platino, y echó el humo hacia Marraquex con la insolencia de una espía vampiresa de película.

—¿Tranquilo ya, señor Marraquex?

—Relativamente. Usted es muy peligrosa.

—Sólo para mis enemigos. Y éste no es el caso ahora, según creo. ¿Por qué no hay mérito en su gran movilidad?

—Porque yo soy de Marraquex… Y, claro, a mí no ha podido

despistarme, como a los dos agentes del espionaje francés.

—Ah… Bien, ¿tiene usted el fusil, señor?

—Veamos antes su dinero.

—¿Abro yo misma el portafolios, o teme algún truco? —sonrió la divina.

—Será mejor que me lo entregue. Entienda bien que si hay truco de alguna clase no tendrá usted jamás el fusil con radar.

—Lo entiendo bien. Tenga el dinero.

Alargó el maletín a Marraquex, que lo tomó con la mano izquierda, manteniendo la pistola en la derecha, sin que la ancha manga de la chilaba listada en amarillo y negro le molestase lo más mínimo.

—¿Encontró a los hombres que yo fui eliminando, señor Marraquex?

—En efecto. Nos ahorró usted trabajo con el ruso, pero se portó demasiado bondadosamente con el inglés. Tuvimos que… arreglar ese detalle.

Brigitte se mordió los labios.

—¿Mató al agente británico?

—Por supuesto… Y sus cadáveres desaparecieron definitivamente. ¿No le parece bien?

—No.

—¿Por qué? La muerte es una de las muchas circunstancias que pueden darse en el espionaje… ¿Ignoraba eso?

—No me gusta matar porque sí.

—Lamentable. Por nuestra parte hemos hecho lo más conveniente… para nosotros, desde luego.

—¿Cuántos son ustedes?

—Unos pocos amigos —sonrió Marraquex—. Por favor, no me distraiga más: quisiera ver el dinero. Tengo que emprender luego un largo viaje, de modo que mi tiempo es precioso.

—¿Un viaje adónde?

—Muy lejos.

Marraquex abrió el maletín, por fin, sin dejar de mirar a Brigitte, listo para disparar. Pero no hubo truco de ninguna clase. Allí estaba el dinero.

¡Un millón de dólares!

—¿Satisfecho?

—Muy satisfecho.

—Lo celebro. Ahora veamos el fusil.

Marraquex cerró el maletín y sonrió cruelmente.

—Temo que la he… engañado un poco, señorita.

—¿De veras?

—No parece muy sorprendida, ni irritada.

Brigitte sacó el cigarrillo de la boquilla, lo tiró al suelo, y lo aplastó con el pie, indiferente.

—Estoy muy acostumbrada a la mentira, motivo por el cual yo también la uso… con mucha frecuencia. Un destello de alarma pasó por los ojos de Marraquex, el feo y menudo hombrecillo.

—¿Es falso el dinero?

—De ninguna manera. Son buenos dólares americanos, perfectos, de curso legal. La CIA sabe que jamás ganaría nada regateándome a mí un dinero que solicito.

—Muy bien. En ese caso…

—¿Piensa usted matarme?

—Lamentándolo muy sinceramente, porque usted es muy hermosa, sí, pienso… debo matarla.

—Es una sucia jugada. Pero la pagará cara, se lo aseguro. Cuando en la CIA se sepa que Brigitte Montfort ha sido asesinada miles de agentes secretos volverán el mundo al revés hasta encontrarlo a usted… Y entonces, señor, no quisiera estar en su pellejo.

—Yo no quisiera estar en el suyo ahora, señorita Montfort. Sus amigos van a tener mucho trabajo buscándome.

—Soy buena amiga de mis buenos amigos —sonrió Brigitte—. ¿Sabe una cosa?: a todos los llamo Simón. Es un nombre que me gusta y que no lleva peligro. Si en cualquiera de mis misiones me atrapasen los enemigos y me preguntasen por mis amigos o mi amigo de turno yo sólo podría decir que se llama Simón. Es un modo de prevenir mi debilidad de mujer. Los quiero mucho a todos, señor Marraquex… Y por eso voy a evitarles una pena y un trabajo. La pena de saber que me han asesinado y el trabajo de encontrar a mi asesino.

—Es usted muy considerada.

—Bueno… En este caso tengo que serlo. Para evitar eso a mis amigos yo debo continuar viva, ¿no cree?

—Claro… ¿Piensa matarme a mí? —rió Marraquex.

—Evidentemente.

Marraquex miró divertido a la espía.

Antes de que ella intentase siquiera conseguir un arma él habría disparado… Por eso preguntó, irónicamente:

—¿Y cómo piensa matarme?

—Así.

Brigitte sopló en su boquilla, suave, dulcemente…, y el diminuto dardo envenenado salió disparado hacia Marraquex. Éste notó el ligero pinchazo en un ojo, lanzó un grito, disparó, y cayó de espaldas. Se oyó el ‹plop› del disparo silencioso, y Brigitte miró hacia el techo, donde se había clavado la bala.

Luego, tranquila como una diosa, se acercó a Marraquex, se arrodilló a su lado, y lo examinó con escalofriante indiferencia.

—No hay que ser tan listo, querido Marraquex. Ya ves, estás viajando hacia tu último destino.

Salió de la habitación, la cerró con llave, y caminó hasta encontrar la número nueve, que era la que había ocupado Maurice de Belinet o mucho se equivocaba. La puerta estaba cerrada, pero no tuvo ninguna dificultad en abrirla utilizando expertamente su propia llave. Entró…

Y muy pronto estuvo convencida definitivamente de que aquella era la habitación que había ocupado Maurice de Belinet, porque éste yacía en el suelo, de bruces.

Le dio la vuelta, ahora ya en verdad desconcertada, y se quedó mirando las dos manchas de sangre todavía frescas que se juntaban en el pecho del simpático marroquí. Un brevísimo toque a su pulso fue suficiente para saber que estaba muerto…

—No se mueva, señorita Montfort.

Pero Brigitte sí se movió, lentamente, volviéndose hacia la puerta. Se quedó mirando a Jean Louis Gerard todavía con expresión atónita, pero no por su presencia, sino por la muerte de Maurice de Belinet.

—Está muerto… —musitó.

—Es lógico, si usted lo ha matado —espetó duramente Gerard.

—No sea estúpido… ¡Espere un momento! ¿Maurice era uno de sus hombres?

—Maurice de Belinet era uno de nuestros buenos agentes en el

Deuxième Bureau. Su cargo de ayudante de André Rouget le ayudaba mucho en su vida… social en Marraquex.

—Claro… Ahora lo voy entendiendo.

—¿Qué es lo que entiende usted?

Brigitte miró a Gerard como si no estuviese allí. Tampoco hizo el menor caso a los tres hombres que había tras él. Durante unos segundos pareció que ni siquiera ella misma estuviese allí.

Por fin murmuró:

—¿Maurice vino de Madrid expresamente para vigilarme a mí?

—Efectivamente. Pero llegó de París, adonde había ido a recibir instrucciones directas. Yo avisé de que una mujer se había puesto en contacto con Abdalah Yusef y se había alojado en el Hotel Paraíso, y Maurice se dedicó solamente a usted. Partió de París en un jet apenas recibido el mensaje.

—Entiendo… ¿Él le avisó de que yo iba a venir aquí, y que él se adelantaba?

—Así es. Nosotros hemos seguido su coche a distancia. Lamentablemente, porque…

—¿Han venido todos sus hombres, Gerard? —exclamó la divina.

—Claro. Maurice entró en su suite mientras usted tomaba la copa de champán. Vio la nota del tal Marraquex, comprendió que aquí, en el Ukaindem, iba a obtener usted el fusil de manos de quien lo había robado, y me llamó a la villa El Oasis, dándome instrucciones. Mis compañeros y yo hemos venido por si había pelea… ¿Dónde está ese cómplice suyo llamado Marraquex?

—Increíble —susurró la divina—… ¿Mi cómplice llamado Marraquex? Se lo presentaré, Gerard. Venga conmigo.

Brigitte fue a su habitación, entró, y dio la luz. Gerard, que había entrado con ella, se quedó mirando el cadáver de Marraquex.

—¿Quién es este hombre? —murmuró.

—Mi amigo Marraquex —sonrió Brigitte—. Me vi en la necesidad de matarlo. Pero le aseguro que no fui yo quien mató a Maurice. Fue él quien lo hizo: Marraquex. Luego quería mi dinero, matarme a mí también y… ¿Le importa que se lo explique en el coche?

—Explicarme… ¿qué?

—Todo… Absolutamente todo… por fin. Diga a sus hombres que busquen un coche escondido por los alrededores del albergue. Es el

coche en el cual ha llegado Marraquex hasta aquí. Luego regresaremos todos a Marraquex, y, si le parece bien, usted y yo iremos en el coche que ha utilizado este asesino. Sus hombres pueden ir en el que han venido ustedes y en el de Alí. Menos peso para cada coche…

—Usaremos nuestro coche —dijo agriamente Jean Louis Gerard —. Es grande y sólido, muy fuerte.

—Como quiera… Usted y yo, sin embargo, iremos en el de Marraquex, y Alí puede ocupar su plaza en el otro coche. Quiero hablar solamente con usted, Gerard. O acepta o no digo una palabra más.

—Está bien… Acepto.

—No escaparé. Vayan a por los coches.

Se desentendió de los hombres del Deuxième Bureau, dedicándose a recoger su maletín, el portafolios con el dinero y la chilaba de Marraquex.

Diez minutos después los dos coches salían del Ukaindem, enfilando hacia la pista que les llevaría a Marraquex.

—Bien… La escucho, señorita Montfort.

Brigitte pareció sentirse incómoda, movió un brazo hacia atrás…, y cuando de nuevo lo adelantó lo hizo mostrando su pistola en la mano firmemente apuntada al cuello de Jean Louis Gerard.

—Ésta es una lucha en la que todo puede ocurrir… Créame que lo siento.

Movió la pistola, con fuerza, acertando al francés detrás de la oreja derecha. Gerard parecía tener todavía fuerzas suficientes para luchar, pero un segundo golpe lo fulminó de bruces sobre el volante que estaba sujetando. El coche efectuó unos giros violentos por la pista con gran rechinar de neumáticos, pero Brigitte se apoderó pronto del volante, pasando ágilmente por encima del francés desvanecido. Lo empujó, se apoderó de los mandos del coche enderezando su marcha, y luego fue frenando hasta que el otro coche fue ganando terreno. Conduciendo sólo con la mano izquierda Brigitte utilizó la derecha para registrar a Gerard. Encontró la pistola, la sacó, detuvo el coche casi completamente, y se asomó por la ventanilla. El otro coche estaba a menos de diez metros. Movió el volante de modo que el que ella conducía se cruzó un poco en la carretera, y entonces empezó a disparar… Oyó los

estampidos de los neumáticos delanteros del otro coche, los chirridos sobre la pista, el crujir de piedrecitas, las voces de los hombres del Deuxième Bureau…

Apretó la marcha, y cuando hubo recorrido un kilómetro detuvo el coche y sacó de él a Jean Louis Gerard, arrastrándolo hasta un lado del camino. Le dejó la pistola donde la había encontrado, regresó al coche que había utilizado Marraquex, lo puso en marcha, y continuó a toda velocidad hacia Marraquex.

En el cielo africano desaparecían ya las estrellas y aparecía la luz del sol, dorada, anaranjada, azul quizás… Un nuevo día para un nuevo triunfo muy próximo de Brigitte Montfort.

Capítulo IX

Colette Périgard de Rouget se retorció nerviosamente los dedos.

—Es todo un plan tan audaz, André —musitó.

—Sólo los audaces triunfan, querida. Tranquilízate. Hace más de una hora que amaneció, así que Omar no puede tardar.

—Todo se ha complicado tanto con tantos servicios secretos interviniendo en esto… —se lamentó ella.

—Sabes muy bien que mi proyecto era mezclar solamente a la CIA americana. Dicen que esos agentes son los más ingenuos. No tengo la culpa de que el MI5 y la MVD se mezclaran en esto por sus propios medios. Pero, precisamente por eso, tuvimos que seguir adelante con el plan. Francia nos habría dado muy poco dinero por nuestro descubrimiento.

—Por tu descubrimiento —especificó su esposa.

—De acuerdo. Ofrecían muy poco y tenían demasiadas exigencias. Pero no podíamos decirle al Deuxième Bureau que no queríamos venderle el fusil. Lo más práctico era simular que nos lo robaban. De lo demás se ha encargado Omar, que siguiendo mis instrucciones ha sido, por lo menos para los americanos, el agente desconocido llamado Marraquex. En estos momentos el Deuxième Bureau está convencido de que me han robado el fusil, y como Omar hizo desaparecer el cadáver del agente ruso y el del agente británico que él mismo mató cuando lo encontró atado en aquella casa del zoco, creerán que el fusil se lo ha llevado cualquier servicio secreto a su país. Era el único modo de no poner el fusil en manos del Deuxième Bureau.

—No creo que eso hubiese sido tan malo, André.

—¿No? Bueno, piensa que tan sólo engañando a la CIA habremos conseguido un millón de dólares, o sea, más de lo que Francia estaba dispuesta a pagar. Pero además de eso, comoquiera que Omar habrá matado a Brigitte Montfort, nosotros tendremos el

millón de dólares y el fusil, que podremos vender, por medio de Omar, en Asia. Estoy seguro de que obtendremos mucho dinero por este invento, querida.

—Es todo tan peligroso…

—No tanto como parece. Dentro de poco llegará Omar con el millón de dólares. Igual que hizo con los agentes ruso y británico habrá hecho desaparecer el cadáver de la señorita Montfort. De este modo el Deuxième Bureau creerá que cualquiera de ellos se ha marchado con el fusil, y no nos molestarán más. Ésa es una parte del plan, y por eso llamamos a la CIA, sin saber que ya teníamos detrás del invento a los rusos y los británicos. Mejor… Cuantos más hayan intervenido, mejor. Así el Deuxième Bureau tendrá muchos sospechosos para entretenerse… Y nosotros nos iremos a París con el fusil y con el dinero. Desde París Omar viajará hacia el sudeste asiático, donde venderá por una buena cantidad el fusil. Es un medio sencillo de que Francia crea que nos lo robaron a nosotros para venderlo o facilitarlo a otra gente. Nosotros quedamos libres de sospechas y nos quedamos con el millón de dólares de la CIA y con el dinero que Omar obtenga por el fusil en Asia. Y para que todo resulte mejor a nuestros planes todos los servicios creerán que ha sido otro de ellos el que ha vendido el fusil a los norvietnamitas. Sí… Me alegro de que la MVD y el MI5 hayan intervenido en esto por su propia cuenta. Son tantos interesados que nosotros resultamos las… víctimas perfectas.

—¿Crees que Maurice no ha sabido nada del engaño?

—¿Por qué había de saberlo? Lo golpeé a él, luego me golpeaste tú a mí, saliste del sótano y te cloroformizaste… Todo perfecto. Mientras el Deuxième Bureau, único superviviente de este asunto, sigue buscando el fusil, nosotros lo tenemos bien escondido en el equipaje, listo para ser trasladado a París, y, desde allí, Omar lo llevará a Asia. Todo va bien, querida. Francia no puede sentir hacia nosotros otra cosa que lástima por haber sido robados. Los demás servicios ignorarán siempre lo que ocurrió con sus agentes. Y el Deuxième Bureau tendrá siempre la duda de cuál de esos servicios secretos se llevó mi fusil para que, más tarde, fuese vendido a los asiáticos… No veo que debas preocuparte por nada.

—Sólo por la tardanza de Omar.

—Omar —sonrió André Rouget—… En realidad él sólo ha dado

la cara como si fuese el auténtico Marraquex cuando el auténtico Marraquex soy yo… Yo lo ideé todo, y él ha sido la parte… ejecutora de mis planes. Pero eso es algo que la CIA no sabrá jamás… Nadie lo sabrá jamás. Marraquex, el hombre misterioso y audaz… ¿Quién va a pensar que ese personaje sea un viejo técnico en radar ya retirado? Omar es sólo mi brazo derecho, pero todo el mérito de esta operación para esquivar la avidez de Francia en nuestro propio beneficio es sólo mío. ¡Yo soy el auténtico Marraquex, el hombre que lo ha ideado todo, lo ha dirigido todo…! Han sido muchos años de trabajo, Colette, pero al fin obtendremos el fruto.

—Suponiendo que… que Omar consiga el dinero y matar a esa muchacha…

—¿Te remuerde la conciencia?

—Han sido muchas muertes, André: la del agente británico, la de Maurice posiblemente, la de esa chica…

– ¡Bah! Todos ellos querían quitarnos lo nuestro. Nosotros hemos luchado, y creo… ¡Ahí llega Omar! Se apartó del ventanal, excitado, y corrió hacia la puerta de la gran villa. Su esposa miró entonces por la ventana y vio detenerse el coche que estaba utilizando Omar, el falso Marraquex. Luego vio a éste, inconfundible con su chilaba listada en amarillo, saltando del coche y corriendo hacia la puerta.

Oyó ésta al abrirse, y la voz de su esposo:

—¿Todo ha salido bien, Omar? ¿Conseguiste el din…?

Colette se extrañó de que su esposo enmudeciese tan súbitamente. Apenas tres segundos después lo vio entrando en el patio interior, de espaldas: delante de él llegaba Omar, con una pistola en la mano, apuntándole.

De pronto Omar volvió la cabeza hacia ella, y la capucha de la chilaba dejó de ocultar su rostro.

—Buen amanecer, señora Rouget.

Colette Périgard de Rouget tuvo la impresión de que acababa de recibir un latigazo en las piernas, que empezaron a temblar; su boca se secó y sus ojos se abrieron desmesuradamente… Omar echó hacia atrás la capucha, y el hermoso rostro de ojos azules apareció sin margen para error ante sus desorbitados ojos.

—Parece que los dos están sorprendidos, señora —sonrió

fríamente la más divina espía del mundo—. Tengo una mala noticia para ustedes: el hombre que se hacía llamar Marraquex ha muerto en Ukaindem, víctima de mi astucia implacable. ¿Tienen la bondad de entregarme el fusil con radar?

—Señorita Montfort, no entendemos…

—Lo están entendiendo todo muy bien, señor Rouget. Yo me haré ahora cargo del fusil…, y no para llevarlo muy lejos. Por favor, ¿quiere entregármelo?

—Usted… usted está loca… Me lo robaron…

—Oh, vamos, vamos, señores estimados… Cuando a una mente como la mía se le dan tantos datos reveladores la verdad tiene que surgir… Nadie podía entrar ni salir de aquí, y, sin embargo, el fusil fue robado. Sospeché de Maurice de Belinet, pero el pobre amigo fue asesinado posteriormente. Y, también posteriormente, me enteré de que pertenecía al Deuxième Bureau… Entre unas cosas y otras llegué a una conclusión inevitable: el fusil no había salido de la villa El Oasis y por tanto la cosa estaba clarísima… Buena jugada la suya, profesor. Y ahora entrégueme ese fusil.

Los Rouget se miraron, pálidos como cadáveres.

—Hay… hay un error en todo esto…

—Hay más de un error, profesor… Pero no por mi parte. Lamento las muertes acaecidas, pero eso yo no tiene remedio. Antes de que cuente tres usted me habrá entregado el fusil… Y despídase de conseguir por él un millón de dólares. Uno, dos…

—¡Se lo daré! —chilló Rouget—. ¡Se lo daré ahora mismo!

—*Magnifique*… Vamos a por él. Los tres, señora Rouget. Camine junto a su esposo. Y por si cree usted que soy demasiado bonita y dulce para disparar a matar piense tan sólo que yo no tendría puesta esta chilaba si el pobre Omar, o Marraquex, estuviese vivo todavía… Además, señora Rouget, he matado a más de una mujer en misiones como ésta. *Allez vous plaît*
s'il
…! Tienen solamente un minuto para entregarme ese fusil.

Los Rouget comprendieron que debían obedecer. El engaño no existía ya. Y aquella muchacha de modales cariñosos y expresión angelical tenía los azules ojos como congelados, fríos, endurecidos. En su mano la pistola se mostraba firme como un cañón en un emplazamiento rocoso. Fueron al dormitorio, y la señora Rouget

abrió una de las maletas preparadas para el viaje a París.

—¡Deprisa! Sus vidas están valoradas en treinta segundos.

Las manos de la señora Rouget se movieron más velozmente. En menos de veinte segundos la caja de madera plana, alargada, quedó sobre la cama del dormitorio.

—Ahí tiene el fusil desmontado —murmuró Rouget.

—Retírense hacia aquel rincón.

Los Rouget obedecieron, y Brigitte, envuelta en la chilaba del fallecido Omar, se acercó a la caja, la abrió, y sacó las diversas piezas que componían el fusil con radar. Dejó la pistola sobre la cama y se dedicó calmosamente a montar el fusil. Invirtió en ello apenas tres minutos. Luego, tras contemplar unos segundos con curiosidad el arma, oprimió uno de los botones del aparato inferior. Inmediatamente en la pantalla apareció una sola coordinada vertical, que apuntaba directamente a los Rouget. Brigitte movió el rifle, usó la pantalla de radar, y sonrió amablemente, bromeando:

—Incluso funciona… ¿Puedo felicitarle, profesor?

—Señorita Montfort, si me dejase explicarle…

—No sea estúpido. Nací de una madre que estaba harta de espionaje. O sea, que yo sabía ya lo que era el espionaje antes de nacer. Una cosa sucia, pero que bien manejada puede dar frutos hermosos… En nombre de la Infantería de Marina de los Estados Unidos de América muchas, muchísimas gracias, profesor Rouget.

—Podríamos… hacer un trato…

—Absurdo… Absurdo por completo. Yo tengo la batuta. Y ningún director de orquesta cede su batuta a nadie. Imagino que éstos son los cartuchos del fusil. —Brigitte metió el largo peine en la ranura adecuada y asintió con gesto de aprobación con la cabeza, murmurando—: Un arma sencillamente admirable. Vea: el sistema de radar funciona tan perfectamente que me indica hacia dónde tengo que apuntar para matarlos.

—¡No! ¡No nos mate, no…!

—Por supuesto que no, Monsieur. Brigitte Montfort no es una asesina. Si acaso, cuando llega la ocasión, es una ejecutora implacable. En el caso de ustedes creo que puedo ahorrarme dos balas. Cuando el señor Jean Louis Gerard los encuentre tendrán que responder por la muerte de Maurice de Belinet, agente del Deuxième Bureau, a manos de su cómplice Omar, o Marraquex.

Suponiendo que escapen a la… justicia de Jean Louis Gerard, el MI5 buscará a los cómplices del asesino de su agente Richard Lorigan. Suponiendo que escapen al MI5 y al Deuxième Bureau, la MVD se cebará en ustedes por la muerte de Anton Prokov… No veo la necesidad de gastar dos balas, francamente.

—No… no puede hacer eso…

—Puedo, Monsieur. Vuélvanse de espaldas. Esta vez los golpes van a ser de verdad.

—¡No!

—Puedo gastar aunque sólo sea una bala, profesor.

André Rouget, pálido hasta la lividez, se mordió los labios, vaciló, y se volvió de espaldas, imitando a su esposa, que aceptaba la situación con mucha más docilidad. Brigitte se acercó a ellos, y, en primer lugar, golpeó a Rouget en la nuca con la sólida culata del fusil con radar. Luego, sin piedad alguna, golpeó a Madame Rouget, que pareció derretirse blandamente hacia el suelo.

Utilizando un par de sábanas Brigitte amarró concienzudamente a los dos… Luego escribió una nota, que dejó sobre André Rouget. La nota decía:

Como ya habrá adivinado, Gerard, éstos son los culpables. Temo que le dejo muy poca cosa más, pero en esta ocasión estoy trabajando para la CIA. Mis saludos a Monsieur Nez.

Lo recogió todo, incluida la caja que admitía el fusil con radar una vez desmontado, y salió de la casa, cargada, cansada, pero muy satisfecha de sí misma. Llevaba el fusil colgado del hombro, caminando hacia el coche, cuando en la pequeña pantalla de radar, cerca de su ojo derecho, apareció la señal de existencia móvil cerca de ella.

Sin vacilar un segundo Brigitte dejó caer al suelo todo lo que llevaba encima, excepto el fusil.

La señal del radar indicaba la presencia móvil, desde luego, un poco hacia la izquierda… Movió el arma hacia allí y la señal se inmovilizó, justo cuando el fusil estaba apuntando hacia un amplio arbusto de pitas espinosas, hermosas, verdes…, situado precisamente en el camino que debía seguir para llegar al coche que había utilizado Omar, el falso Marraquex.

—Salga de ahí —dijo secamente—. Unas pitas es poca cosa para

treinta balas... ¡Salga!

La presencia humana se concretó. El enorme Arún, el berebere mudo, apareció de pronto, con un gigantesco alfanje en la mano zurda, rugiendo algo ininteligible con su lengua mutilada, poniendo en sus cuerdas vocales toda la furia que sentía en su corazón.

Salió corriendo con la velocidad y el ímpetu de un león, gritando con su trozo minúsculo de lengua, agitando el alfanje, estremecido de furia, más roja que nunca la córnea de sus ojos...

Brigitte apretó el gatillo del fusil, y un potente estampido atronó la luminosa mañana. Arún se estremeció un instante, pero continuó corriendo, siempre en alto el alfanje... Brigitte volvió a disparar, y el gigante negro vibró de nuevo dolorosamente, pero continuó su carrera enloquecida... El tercer disparo lo debilitó un poco más, pero no lo detuvo...

El cuarto disparo se produjo cuando Arún estaba a menos de cinco metros de Brigitte Montfort, como una máquina monstruosa, gritando tan bestialmente, tan hinchado su cuello, que parecía a punto de estallar... Y fue su cabeza la que estalló al recibir de lleno la cuarta bala del potente fusil. Entonces sí... Entonces Arún rodó por el suelo, siempre hacia adelante, muerto al fin... Llegó justo ante los pies de Brigitte, que estuvo unos segundos como paralizada de terror... Luego examinó el torso del gigante, donde se habían clavado las tres balas que habrían bastado para matar a tres hombres corrientes instantáneamente...

Todavía un poco pálida Brigitte se puso en pie, lo recogió todo de nuevo, y corrió hacia el coche de Marraquex... Al aire todavía un tanto fresco de la mañana flotaba la chilaba robada, que envolvía el maravilloso cuerpo de la espía que escapaba con un millón de dólares, su maletín, un montón de fotografías, el fusil con radar... y con su vida.

La suerte siempre tiene sus favoritos.

* * *

—Estuvo aquí —murmuró Jean Louis Gerard—. Pero dudo mucho que podamos encontrarla ya... Ella fue más lista que nosotros, descubrió la verdad con más tiempo... ¿Tú sabes dónde encontrarla, muchacho?

Alí movió la cabeza negativamente.

—No, Monsieur… Pero aunque lo supiera no se lo diría jamás. Ni a usted ni a nadie.

Gerard miró hoscamente al joven árabe, y luego a sus hombres.

—Vamos al Hotel Paraíso… Es nuestra última posibilidad…

* * *

El empleado del hotel movió negativamente la cabeza.

—Ella se fue, Monsieur. No dijo nada. Recogió algunas cosas, pagó, dejó un sobre, y se fue… ¡Puf! ¡Alá sabrá dónde está!

—¿Dejó un sobre? —se excitó Gerard.

—Sí, Monsieur… Pero no para usted… Dijo que era para un muchacho llamado Alí.

—Yo soy Alí —se adelantó el joven árabe.

—Entonces esto es para ti —le entregó el sobre el empleado.

Alí lo tomó, y sacó un fajo de billetes americanos de diez mil dólares, y una nota que decía:

> *Cómprate un coche nuevo, una bonita casa en el barrio lujoso de Marraquex, y una docena de esposas. Y que en todo momento Alá sea contigo. Eres uno de los elegidos para estar siempre en mi corazón. Cariñosamente,*
>
> *Brigitte*

Alí sonrió dulcemente, nostálgicamente. Miró hacia el cielo azul y musitó, de todo corazón:

—Y contigo… Alá sea siempre contigo, Brigitte…

Este es el final

Charles Alan Pitzer entró como una tromba en el lujoso apartamento de la Quinta Avenida.

—¡Fabuloso…! —gritó—. ¡Fabuloso desde cualquier punto de vista! ¿Me está oyendo, Brigitte? La divina espía alzó sus magníficos ojos.

—¿Se refiere al fusil, tío Charlie?

—¡Naturalmente! ¡Ha sido probado en la base de Quantico, y es un acierto total! En breve se procederá a la fabricación de diez mil armas de ese tipo con destino a nuestros soldados que pelean en Asia…

—Espero que las madres americanas se gasten unos centavos en levantarme un monumento —sonrió Brigitte—. ¿Le gusta el color de mis uñas?

—¿El color de sus uñas? Oh, sí, sí… Muy bonito…

—Color «Rojo del desierto». Lo compré porque me gustó el nombre… ¿No lo encuentra demasiado intenso?

—Hija de mi vida —suspiró Pitzer—, usted puede usar todo lo que le dé la gana porque haga lo que haga estará magnífica. ¿Rojo intenso? ¡Pues rojo intenso!

—Es usted delicioso —rió Brigitte—. Si yo no fuese tan exigente me enamoraría de tío Charlie.

—Ya he perdido esa esperanza —resopló Pitzer—. Por cierto, tengo una reclamación que hacerle de parte de los Servicios Centrales. En el millón de dólares que se le envió faltan diez mil dólares.

—Esto es deprimente —sonrió la divina—. Me juego la vida, les entrego un arma que vale cientos de vidas americanas, quizá miles… ¡Y me piden diez mil cochinos dólares!

—Bueno, es sólo para… para tomar nota de… de su inversión…

—Los regalé. A un muchacho simpático y servicial. Se los regalé

precisamente porque me ayudó sin pensar en el dios Dólar.

—¿Sólo por eso?

Brigitte contempló complacida el tono de sus uñas.

—Bueno… En el fondo, y como yo no desprecio a nadie ni a ninguna creencia, creo que lo hice para que él me desease: ¡Alá sea contigo, Brigitte!

FIN

Notas

[1] Monsieur Nez, uno de los jefes departamentales del Deuxième Bureau, es un personaje que apareció en la aventura de Brigitte titulada La campana (que transcurre en Saint Honoré, pequeña localidad de Francia). <<